

JORDI SIERRA I FABRA

Las palabras heridas



 Siruela

**LAS PALABRAS
HERIDAS**

JORDI SIERRA I FABRA

 Siruela

Las Tres Edades

Edición en formato digital: febrero de 2017

En cubierta: ilustración de © Gabriel Pacheco

Colección dirigida por Michi Strausfeld

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© Jordi Sierra i Fabra, 2017

© Ediciones Siruela, S. A., 2017

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

www.siruela.com

ISBN: 978-84-17041-11-3

Conversión a formato digital: María Beloso

*Before I die I'll write this letter
Here are the secrets you must know
Until the cloak of evening shadow
Changes to mantle of the dawn...*

Antes de morir voy a escribir esta carta
aquí están los secretos que debes saber
hasta que el manto de la sombra nocturna
se transforme en la capa del alba...

«Strictly confidential», Estrictamente confidencial,
BRYAN FERRY, Roxy Music, 1973

A

1

La nieve era blanca.

Parecía lo más normal.

Pero ¿cuánto llevaba sin ver nieve blanca?

Era como si ya cayese sucia del cielo.

Sucia por las pisadas de las botas, por el silencio, el miedo y la desolación. Sucia porque era como si los propios pensamientos de unos y otros, soldados y prisioneros, la contaminaran. Sucia porque en el aire flotaba la misma niebla, gris y opaca, que se les metía en el cuerpo y les anulaba los sentimientos.

Sentimientos, allí.

Li Huan se detuvo frente al barracón.

Sí, la nieve que lo rodeaba era blanca.

Impoluta.

Una extraña sensación.

Como si aquello fuese una isla.

Estaba cansado, había sido un viaje largo. Cuanto antes terminara con los prolegómenos y la burocracia, mejor. Aun así, permaneció quieto unos segundos, con la puerta a menos de cinco pasos. La puerta tras la cual se adivinaba un cierto calor, porque de la chimenea salía una columna de humo oscuro que se elevaba directa hacia el cielo.

No había viento.

Nada.

Solo el silencio.

Li Huan enderezó la espalda, estiró su maltrecho uniforme, se caló bien la gorra. En el cuartel del que procedía, un simple botón mal abrochado representaba gritos, un castigo, una cruz en el expediente militar. Claro que allí, tan lejos de ninguna parte, en un campo de prisioneros políticos, tal vez las cosas fueran distintas.

Se miró las botas embarradas.

Imposibles de limpiar.

Pese a ello, hizo lo que pudo con la mano izquierda.

Cinco pasos.

Dio el primero, y con el último abrió la puerta de madera.

Al otro lado, un soldado, como él, levantó la cabeza. Estaba sentado detrás de una mesa llena de papeles y parecía muy concentrado en ellos. Su cara no cambió de expresión. Siguió siendo hierática. Tendría tres o cuatro años más y debía llevar mucho tiempo haciendo lo mismo. La piel era tan blanca como la nieve que rodeaba el barracón.

Li Huan pensó que, probablemente, el sol nunca iluminara aquel rincón sombrío de la tierra.

—Cierra la puerta —le espetó el soldado al ver que se detenía más de la cuenta en el umbral.

Le obedeció.

El frío quedó en el exterior.

—¿Eres el nuevo? —volvió a hablar el soldado.

—Sí.

—Papeles.

—Oh, claro.

Los sacó del bolsillo derecho del uniforme y se los entregó. El examen fue rápido. Tampoco le tocaba a él darle la bienvenida. Eso le correspondía al oficial al mando. El soldado acabó poniéndose en pie.

—Espera.

—Sí —asintió.

La siguiente puerta estaba a espaldas de su anfitrión. Le vio desaparecer tras ella y se quedó solo.

Li Huan miró a su alrededor.

Nada.

Pragmatismo puro.

Algunos estantes, un mapa de la zona, ningún libro. La chimenea debía de estar en el despacho del oficial. La sensación de desaliento acabó impregnándole más y más, como consumación de su largo viaje.

Qué lejos estaba la capital.

Su mundo.

Su casa.

Por su cabeza revolotearon las voces.

—Cuanto más lejos llegues, más mundo conocerás —le había dicho su padre.

—Cumplirás una misión sagrada. Hay muchas formas de servir a la patria —le había dicho su madre.

—Haz bien tu trabajo y volverás —le habían dicho los amigos.

—¡Qué suerte tienes! —le había dicho su hermano pequeño—. ¡No harás sino vigilar a unos desgraciados, lejos de cualquier problema!

¿Suerte? ¿Allí?

¡Suerte la de él, que por ser el segundo se quedaba a cuidar de sus padres, escapando de la obligación del servicio militar que le correspondía al hijo mayor!

Tardaría no menos de tres años en regresar a casa.

Para entonces quizá Shi Lin estaría ya prometida o casada con otro.

Li Huan volvió a sentir aquel dolor.

Aquella frustración.

Recuperó el semblante serio al volver a abrirse la puerta. Si alguien interpretaba sus pensamientos, veía un resquicio o leía en sus ojos, acabaría allí mismo, pero preso. Cualquier duda equivalía a una sentencia. No podía cundir el desánimo ni el desaliento entre la tropa. Servían al líder. Servían al Partido. Servían a una idea. Defendían su libertad frente a la opresión caduca y ruin del decadente Occidente. Esa era su fuerza.

—Te recibiré ahora mismo —le dijo el soldado.

—Bien.

El otro no se sentó. Dio un par de pasos, se apoyó en la mesa y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Qué tal va todo por ahí fuera? —preguntó de manera más amigable.

—Como siempre. —Li Huan se encogió de hombros.

—¿Como siempre?

—Sí. —Repitió el gesto—. Todo está muy tranquilo.

—Aquí no llegan muchas noticias, ¿sabes?

—Lo imagino.

—Ya te acostumbrarás.

—Supongo.

La voz del superior llegó hasta ellos con fuerza. El soldado se apartó de la mesa y le dejó paso.

—Le gusta controlarlo todo personalmente —dijo.

—Gracias.

Li Huan cruzó el segundo umbral.

—Entra —ordenó el oficial al mando.

No levantó la cabeza para mirarle. Siguió escribiendo algo en un cuaderno. Li Huan cubrió la breve distancia, tres pasos, y se cuadró. El oficial llevaba galones de capitán, así que allí la máxima autoridad tenía un rango inferior a comandante.

Una prueba más de lo lejos que estaban de todo.

El fuego rugía en la estufa. Unos troncos de madera se apilaban junto a ella. Por detrás del hombre, presidiendo la estancia y sus vidas, un enorme retrato del líder, el Gran Padre, con su mirada seria y penetrante. La leyenda decía que algunos incluso habían muerto al estar en su presencia o al mirarle directamente a los ojos.

Nadie se atrevía a negarlo. Para algo eran leyendas.

Cuando acabó de escribir, el oficial levantó por fin la cabeza y hundió en él sus aceros ojos.

Los papeles que acababa de entregarle al soldado de la entrada estaban allí, a un lado.

No hizo falta que los leyera de nuevo.

—Li Huan.

—Sí, mi capitán.

—Dieciocho años.

—Sí, mi capitán.

—Sabes leer y escribir mucho más allá de la evaluación media.

—Sí, mi capitán.

El oficial se reclinó en su silla. Unió las dos manos frente a sí mismo y las apoyó en la mesa. Seguía muy serio.

—Deja de llamarme capitán, ¿quieres? —Su tono rezumaba fastidio—. Tengo dolor de cabeza. —Hizo una pausa—. Llámame camarada, o mejor solo asiente.

Li Huan hizo esto último.

—Ahí dice que eres listo. —Señaló el expediente—. Y que eras un buen estudiante.

—Sí, camarada.

—¿Qué pretendías con eso?

—Quería ser escritor. —Fue sincero, porque mentir significaba una traición al Sistema—. No era más que un niño, claro. Fue antes de la Revolución. Por suerte tuve buenos maestros y me di cuenta de mi temeridad. Eso me hizo reflexionar. Se sirve con la fe ciega, no con las ideas o las palabras.

El capitán fue ahora el que asintió con la cabeza.

—Nos vendrás bien aquí —dijo—. Son nuevos tiempos, nuevas directrices, y se necesitan nuevos empujes para llevarlas a cabo. Por eso te han mandado a este campo.

—Sí, cap... camarada.

—¿Sabes qué clase de prisioneros tenemos aquí?

—Políticos.

—No. —Chasqueó la lengua—. Es algo más que eso. Mucho peor. —Volvió a aproximarse a la mesa y se acodó en ella, sin apartar los ojos del recién llegado—. Aquí tenemos a la escoria, al cáncer de nuestra sociedad. Los disidentes políticos son los peores, Li Huan. Un traidor es un traidor, un enemigo. Pero un disidente, un intelectual, que dice amar a la patria pero niega

el orden, el Sistema, el Estado popular, las directrices del Partido y de nuestro Gran Padre... —Arrastraba las palabras con asco—. Este no es un campo de prisioneros normal. Tenemos a lo peor de nosotros mismos, de nuestro pueblo. Podríamos matarlos, y eso sería lo más sencillo. Muerto el perro, muerta la rabia. Sin embargo, no somos bestias. Esa es la magnanimidad de nuestro líder. Aquí intentamos que juzguen su mal por sí mismos, con la esperanza de una reeducación ejemplar. A la mayoría les bastaría una palabra, pero no la pronuncian. Prefieren morir. Son obstinados. Nuestra misión, pues, no es fácil. Pero el Gran Padre confía en nosotros. Por cada uno que se salva, ganamos todos. ¿Entiendes lo que estoy diciéndote, Li Huan?

—Sí, camarada.

El capitán le apuntó con un dedo.

—No hables con ellos. Eso lo hacen los reeducadores. Ten mucho cuidado: te envenenan con las palabras y te confunden con las ideas. Va a haber cambios, de los que te informaré oportunamente. De momento haz tu trabajo y sirve a tu patria. Es un honor del que pocos pueden presumir.

Li Huan asintió.

El oficial también lo hizo.

Fin del primer encuentro.

—Preséntate al sargento de guardia. Él te dará instrucciones.

—Gracias, capitán. —Se cuadró de nuevo—. Serviré con lealtad al máximo de mis capacidades.

Su superior correspondió al saludo.

Un minuto después, caminando sobre la nieve, Li Huan pensó que todo había ido mejor de lo esperado.

A fin de cuentas, aunque «se esperaba algo de él y por eso lo habían mandado allí», no era más que un soldado.

¿O no?

2

El sargento de guardia estaba en el barracón central. Recogió su petate de la entrada, donde ya se lo habían inspeccionado y controlado, y se dirigió a él. No tuvo que preguntar. Lo primero que escuchó fueron sus gritos, su vozarrón grueso, de tono marcadamente grave, como si no hubiera hecho otra cosa en la vida que gritar y gritar. Cuando se cuadró ante el hombre, se sintió empequeñecido por su envergadura, el doble de la normal. Se preguntó si era sargento mayor a causa de ello o si por su tamaño lo habían colocado en aquel escalafón militar.

—¿Tú eres el nuevo? —le aulló en la cara.

—Sí, mi sargento mayor.

—¿Cómo te llamas?

—Li Huan, mi sargento mayor.

—¿Vas a repetir siempre eso?

—¿El qué, mi sargento mayor?

Tenía la cara a un palmo de la suya. Pero seguía gritándole.

Mirada afilada.

Aliento podrido.

—¡Wu! —Sonó como si quisiera asustarle—. ¡Mi nombre es Wu!

—Sí, sargento Wu.

—¿Qué edad tienes?

—Dieciocho.

No le gustó. Lo demostró con su cara de desprecio, sin cortarse.

—¿Ahora nos mandan niños?

Li Huan no se atrevió a contestarle.

—Algo traman —rezongó Wu—. Pero aquí no nos dicen mucho. ¿Has visto ya al capitán Qun Ming?

—Sí, mi sargento.

—¿Y?

—Ha ordenado que me presente, camarada.

El corpachón vaciló un par de segundos.

Debía gustarle que le llamaran camarada.

—Descansa. —Dejó de hablarle tan cerca de la cara—. Pareces un palo tieso.

Li Huan adoptó una posición más relajada.

Sin bajar la guardia.

—¿De dónde vienes?

—Del Centro Asistencial 9. —Esta vez se ahorró el tratamiento.

No pasó nada.

—¿Y te mandan aquí? —Wu movió la cabeza de lado a lado—. Sí, algo traman. En lugar de arrasar este lugar nos envían a chicos como tú. De la capital, nada menos. —Miró por la ventana, hacia la oscuridad exterior—. Yo nunca he estado en la capital, ¿sabes?

No era una pregunta. Solo un comentario en voz alta.

Tal vez una queja.

Transcurrieron cinco, seis segundos.

Hasta que el sargento mayor recuperó su tono más agresivo.

Se volvió hacia él.

—Escucha, soldado. —Señaló al otro lado de la ventana—. Estamos aquí para cuidar de unas bestias. Si por mí fuera, ya estarían todas bajo tierra. Pero yo no soy nadie. Si nuestros líderes se empeñan en no rendirse, demostrando su valor y buen juicio, ¿quién soy yo para obstinarme en lo contrario? Si ellos creen que recuperarles sirve a un bien común y es una victoria para el Sistema, ¡haremos lo posible para que así sea! ¿Estás de acuerdo?

—Sí, sargento Wu.

—Pero eso no significa que debemos bajar la cabeza, ni ser débiles, ni respetar a quien no nos respeta. ¡Si para reeducarles hay que emplear el látigo, se emplea! ¡Si para hacerles ver la verdad hemos de hacerles sangrar, les hacemos sangrar! ¡Y si ellos prefieren morir, van a morir, pero no a su manera, sino a la nuestra! —Volvió a aproximar su rostro al de Li Huan—. ¡Esos intelectuales nos miran con superioridad aun estando aquí! ¡Se creen superiores! ¡Viven en un mundo falso creado por sus mentes fanáticas! No podemos mostrar la menor debilidad, soldado. ¡Jamás! Si ellos creen que tenemos dudas, a su modo van a ganar. ¡Y eso no podemos consentírselo! ¡Si

para que uno entienda hay que matar a diez, mataremos a diez, y finalmente a ese uno si, a pesar de todo, sigue sin cambiar de actitud! ¡Ese es el desafío, soldado Li Huan! ¡Ese y no otro! ¿Lo has entendido?

—Sí, sargento Wu.

Volvió a apartarse de él y, tras los gritos, acompasó la respiración. Wu era calvo, pero mantenía un fino bigotito que iba de un lado a otro de su labio superior. Tenía las manos grandes.

Manos capaces de aplastar a una persona con solo un golpe.

—Quiero el máximo de disciplina.

—Sí, camarada.

—Me contarás a mí personalmente todo lo que veas, todo lo que oigas, todo lo que intuyas, todo lo que pienses. No al capitán: a mí. Soy yo el que debe informarle a él.

—¿Y si es él quien me pregunta?

—¿Me tomas por tonto? ¡Entonces le respondes, naturalmente!

—Perdone, sargento Wu. —Se estremeció de manera instintiva.

—¿Tienes frío?

—Sí, camarada.

—Ve a que te den ropa de abrigo. Luego te llevarán a tu alojamiento. Descansa esta noche. Mañana, a las seis en punto, en pie. Que tu compañero de habitación te cuente las normas del campo. ¿Alguna pregunta?

Tenía muchas, pero no quiso hacerlas.

No al sargento Wu.

El barracón de intendencia estaba justo al lado. No había mucho donde escoger. Tenían media docena de uniformes, de abrigos, de botas y de casi todo lo demás. El soldado que lo examinó de pies a cabeza lo evaluó sin hacerle preguntas y le entregó un abrigo y un gorro. Luego le puso un papel sobre el mostrador.

—Pon aquí tu nombre.

—¿He de firmar conforme recibo esto?

—¿Tú qué crees? —El soldado le miró con sorna—. Abrigo número 57 y gorro número 35. Pobre de ti si cuando te vayas no los devuelves.

—¿Y si se rompen?

—Se cosen y en paz.

—¿Y si pierdo algo?

No hizo falta que le contestara. Bastó con la nueva mirada de «allá tú si estás tan loco». Recogió las dos cosas y salió sin ponérselas. Las distancias en la zona exterior no eran grandes. De hecho, el campo tampoco lo era. La «máxima seguridad» residía en el hecho de que estaban muy lejos de cualquier pueblo, ciudad o lugar habitado. Fugarse era una locura. Le habían dicho que allí permanecían encerrados menos de doscientos hombres.

Pocos salían.

Y la mayoría de los que lo lograban lo hacían muertos.

Su última etapa: el barracón de los soldados.

—La trece —le indicó un cabo que parecía ocuparse de los guardias.

En el pasillo vio una pizarra con los nombres, las asignaciones diarias y los horarios de cada uno. El suyo todavía no constaba en la relación. Abrió la puerta de la habitación trece y se encontró con una pequeña estancia ocupada por dos camas. La bombilla suspendida del techo apenas daba una luz mortecina que diseminaba sombras por las cuatro esquinas. La diminuta ventana tenía un cristal roto y un cartón cubría el hueco para que no se escapara el poco calor que daba la tubería que recorría el suelo de lado a lado, por debajo de las camas. La estufa debía de estar en alguna sala principal y hacía llegar el calor a las habitaciones por ese sistema, aunque probablemente las más alejadas apenas si lo llegaran a sentir.

La tocó.

Algo era algo.

La cama de la derecha era la que estaba ocupada. En los estantes suspendidos de la pared, a sus pies, vio algo de ropa y poco más. Se sentó en la de la izquierda sin muchas ganas de deshacer su petate. Tampoco él llevaba demasiadas cosas. El Ejército no era muy generoso. Y si en el estante ponía la fotografía de sus padres y su hermano, tal vez le acusasen de sentimental, de estar más atado a la familia que al Partido. Un signo de clara debilidad.

No era un decadente.

Quería servir, y hacerlo bien.

Ser digno.

En cualquier momento podían llamar para la cena, así que optó por no perder más tiempo. Se levantó, abrió la bolsa y sacó su ropa. La fue apilando en los estantes.

La fotografía se quedó en el petate.

Acababa de hacerlo todo cuando la puerta se abrió y por ella apareció el que debía de ser su compañero de habitación.

La persona con la que compartiría su vida en los próximos meses, quizá años.

Joven, veinte o veintiún años, rostro redondo, ojos pequeños, sonrisa comedida.

Li Huan esperó.

—Bienvenido —le dijo con una inclinación de cabeza el aparecido—. Soy Xi Shang.

3

Después de sus sombríos pensamientos al llegar al campo la tarde anterior, por la mañana se sorprendió de que luciera el sol.

Un sol frío.

Pero sol al fin y al cabo.

—¿Preparado para tu primer día? —le preguntó Xi Shang.

—Sí.

—Entonces vamos.

Se lavaban con agua fría en unas duchas situadas al final del pasillo, aunque estas solo funcionaban una vez a la semana. El resto de los días lo hacían en los mismos lavaderos que servían para la ropa. Había que volver rápido a las habitaciones para evitar quedarse congelados. Con la ropa de abrigo entraban poco a poco en calor. El desayuno se servía en un comedor adyacente. Antes de salir, en la pizarra vio su nombre.

—Te han puesto conmigo. —Le hizo ver su nuevo compañero—. Para que te instruya un poco.

Apenas si habían hablado la noche anterior, porque el gong anunciando la cena sonó nada más llegar él a la habitación. En el comedor saludó a los demás guardias. Veinte en total. Uno para cada diez presos.

—¿Y los educadores?

—Tienen su propio estatus —le dijo Xi Shang—. Son cinco, y viven fuera del campo, en una casa requisada aquí cerca. Van y vienen en una vieja camioneta que no siempre funciona. Cuando se estropea, se quedan en la casa. Saben que tratar de reeducar a esos criminales es tarea ímproba. Los muy testarudos... Ninguno quiere dar su brazo a torcer. Están locos.

—Entonces, el empeño del Partido en recuperarles aún es más loable, ¿no te parece?

Xi Shang le miró dudoso.

—Supongo que lo fácil es matarles y lo difícil ganarles para la causa y demostrar al mundo que tenemos razón —comentó—. Pero ¿qué nos importa lo que piense Occidente? Esos pobres y decadentes seres jamás nos entenderán. Van directos al abismo. No pueden sobrevivir, es evidente. No lo ven, pero es evidente.

—Veo que sabes mucho de lo que pasa —dijo Li Huan.

—Una vez al mes viene un programador de mantenimiento y nos habla, para refrescar y fortalecer nuestras convicciones, no se nos vayan a secar o a contaminar con la proximidad de los presos.

—Una vez al mes.

—Sí, es como ir a clase. —Sonrió.

Acabaron de desayunar. Sopa, un cuenco de arroz y una patata. No era mucho, pero sí suficiente.

—Hoy toca pescado. —Xi Shang le leyó la mente—. Y los lunes, si hay suerte, un poco de carne. Los demás días, tanto en la comida como en la cena, sopa, arroz, verdura... El mes pasado hubo garbanzos. Fue estupendo. ¿Listos?

La nieve crujió bajo sus botas. No había ni rastro del sargento Wu. Dos o tres de los soldados se acercaron para desearle suerte. Xi Shang y él se encaminaron a los barracones de los presos, al otro lado de las alambradas.

Solo había una torre de vigilancia.

—Cada preso tiene su propia celda, y pasa la mayor parte del tiempo aislado. No se les permite hablar con nadie, y menos con los demás presos. Por la mañana trabajan en las canteras, que están a un kilómetro de aquí. Por la tarde, después de comer, salvo si son reclamados por los reeducadores, tienen una hora para estirar las piernas y caminar por la zona común, o tumbarse antes de la puesta de sol, pero si uno trata de comunicarse con otro, de la manera que sea, acaba en una de las celdas de confinamiento, que son esas. —Señaló un búnker de cemento situado justo en el centro del campo—. Te aseguro que una semana en una de ellas, a oscuras, y con este frío, es suficiente. Es como estar en una nevera. Salen tiesos como palos. La mayoría ya están bastante enfermos, tosen... Bueno. —Se encogió de hombros—. Mueren más por enfermedades que por culpa nuestra. La enfermería está allí. —Indicó el extremo del campo—. Tenemos un médico que más parece un veterinario —se echó a reír—, pero como esos son animales... —Soltó una carcajada.

—¿Cómo se reparte a los presos?

—Hay categorías. Están los de nivel 3, que tienen delitos leves por haber escrito o dicho algo en contra de nuestro Sistema o son sospechosos de haberlo hecho. Los de nivel 2 han atentado de palabra u obra contra nuestro Gran Padre y sus directrices. Y, por último, están los de nivel 1, que son los más peligrosos. Son intelectuales —lo dijo como si lo escupiera—. Hablan y expresan cosas que no son más que ideas subversivas. Pura propaganda capitalista.

—¿Hay muchos de nivel 1?

—Una docena. Ese es su bloque. El nuestro.

—¿Cómo que el nuestro?

—Principalmente estamos asignados a él.

Li Huan miró la construcción. Un rectángulo de cemento salpicado de pequeñas ventanas a lo largo de una pared.

—¿Podemos entrar ahora?

—¿Por qué?

—Nunca he visto a un disidente.

—No tienen tres ojos y cuatro brazos —se burló Xi Shang—. Si fuera así, sería más fácil dar con esas cucarachas. Anda, ven. A esta hora solo hacemos una inspección. A fin de cuentas ya sé por qué Wu te ha puesto conmigo.

—¿Ah, sí?

—Me tiene manía. Dice que soy un holgazán. Espero que no seas un confidente.

—No lo soy.

Xi Shang le lanzó una mirada de reojo. La última. Entraron en el pabellón. Frente a ellos, un largo pasillo, una galería salpicada por unos neones que cruzaban el techo de tramo en tramo. A la izquierda, las celdas. Los cerrojos eran individuales.

Aunque no había más huecos que las ventanas, y estaban cerradas con gruesos cristales, allí el frío era intenso.

Li Huan se estremeció.

Caminaron en silencio, pasando por delante de las celdas protegidas con rejas. El guardia de turno se puso en pie al verles, pero no dijo nada. En la primera retícula había un hombre dormido. Apenas si se le veía la cara porque estaba totalmente arrebujado bajo la fina manta que le cubría. En la segunda el preso hacía ejercicios gimnásticos, más para entrar en calor que para mantenerse en forma. Estaba tan flaco y demacrado como el de la tercera, sentado en la cama, o el de la cuarta, que en ese momento orinaba sobre el agujero en el suelo, en una de las esquinas de la celda. Li Huan se dio cuenta de que orinaba sobre sus manos, para darles calor.

Llevaban uniformes rojos, ajados, sucios, con el número visible sobre el lado izquierdo del pecho. Un número en lugar de corazón. Debajo del uniforme, como las capas de una cebolla, ocultaban otras ropas. De lo contrario habrían muerto congelados.

La quinta y la sexta celdas estaban vacías.

Y en la séptima...

Había algo extraño en él.

Algo indefinible.

Li Huan volvió a estremecerse.

El hombre era bajo, no debía de sobrepasar el metro sesenta. Estaba de

espaldas, quieto, y miraba por la ventana, situada medio metro por encima de su cabeza. Lo único que podía ver eran las nubes.

Y los pájaros.

Porque incluso allí había pájaros.

Li Huan se detuvo.

Y como si el silencio fuese un grito, en ese instante el preso volvió la cabeza.

Los dos se miraron.

Los dos se interpretaron.

Un largo diálogo de apenas cinco segundos.

Luego, el cautivo volvió a mirar por la ventana.

No había nada más en la celda. Ni en esta ni en las otras. Li Huan se dio cuenta de pronto. La cama, la ventana, y el largo tiempo de soledad y silencio. Un mundo cargado de vacío.

Por más que lo llenasen los respectivos pensamientos.

—¿Quién es? —le susurró al oído de Xi Shang.

—Ven. —Tiró de él de regreso a la puerta.

—¿Por qué?

—¿Quieres que nos oigan?

No hablaron hasta llegar al exterior. Entonces su compañero se detuvo.

—¿Por qué te interesa ese?

—No sé. Parecía diferente.

—Y lo es. —Xi Shang puso cara de circunstancias—. Es el más peligroso de cuantos están ahí.

—¿Él?

—¿Te extraña? Ya te he dicho que si tuvieran tres ojos y cuatro manos sería mucho más fácil. Pero por desgracia son como nosotros, y muy listos, eso hay que reconocérselo. Muy muy listos. Fíjate: sin decir nada, solo con mirarte, y ya ha hecho que preguntes por él.

—¿Es un mago o algo así?

—No, no es un mago. Se llama Wang Zhu, aunque aquí no es más que el 139. Era profesor en la universidad antes de la Revolución. Daba clases a los estudiantes, les influía, les adoctrinaba, les inculcaba ideas absurdas y les

hacía pensar. Cuando habla parece hechizar con las palabras, así que ten cuidado. Mejor aléjate de él.

—Pero has dicho que ese era nuestro pabellón.

—Cuando le llesves la comida, límitate a dejársela en la puerta y vete. Cuando hagas guardia, no le mires. Dicen que en la India hay encantadores de serpientes. Él es un encantador de personas. —Se tocó la porra que colgaba del cinto con la mano—. ¿Sabes? Si él se reeducara, los demás le seguirían. Es un pequeño diablo. Un líder en la sombra. Pero es de los que prefiere morir, como si fuera un mártir, o un héroe, y eso lo sabemos todos, incluso el capitán Qun Ming. Wang Zhu sigue ahí, año tras año, sin ceder. No sé cómo el Partido, o quien sea, espera que cambie de idea, aunque si lo hiciera sería un gran triunfo. Enorme.

—¿Cuántos años lleva aquí?

—Cinco —dijo Xi Shang—. Es el más veterano de todos. Parece de hierro.

Li Huan miró hacia atrás.

Al largo bloque de cemento salpicado de ventanas.

Buscó la séptima.

Le pareció que, en aquel momento, un pájaro se posaba en ella.

Pero pensó que era una ilusión.

4

Fue un día normal.

Habló con los demás soldados, porque a fin de cuentas era la novedad del momento, llevaron a los presos a la cantera, les vigilaron, les gritaron cuando sus movimientos fueron torpes o iban demasiado lentos. Se fijó en cuáles eran los guardias más violentos, los que echaban mano de la porra a la primera. También se fijó en los reclusos, todos mayores, todos de apariencia inofensiva. Hasta el más viejo de los soldados podía ser hijo del más joven de

ellos. Pero más que sus cuerpos, derrotados, macilentos, sabía que el problema estaba en sus cabezas, por cuanto se albergaba en ellas, sus pensamientos, sus ideas.

¿Por qué todo el mundo tenía miedo de las ideas?

De vez en cuando buscó a Wang Zhu.

Se fijó en dos cosas: que los demás presos le miraban y trataban con respeto aun sin necesidad de hablarle, y que él parecía ausente, hiciera lo que hiciera. Su cuerpo estaba allí. Su mente no.

Li Huan ni siquiera entendió por qué, tan repentinamente, le atraía la imagen de aquel hombre.

Todo porque le había visto mirar por la ventana.

Todo porque sus ojos se habían encontrado un segundo.

¿Podía un simple segundo cambiar la vida de alguien?

«Es el más peligroso», le había dicho Xi Shang. «Ni le mires. No hables con él. Hechiza con las palabras».

Recordó algo más: «Daba clases. Hacía que sus alumnos pensaran».

La Revolución prohibía pensar. Ya lo hacían los líderes por todos ellos. El Gran Padre sabía qué hacer.

Siempre.

Ese era su privilegio.

El resto del día fue el de su primera rutina. Todo era bastante mecánico, por eso los guardianes más veteranos se sentían adocenados, se movían como autómatas. Su entusiasmo era el de un sapo al sol. Allí no había intentos de fuga. Ninguna tensión los mantenía alerta. Vigilaban a un montón de cadáveres andantes resignados a su suerte. Los disidentes no habrían resistido una escapada, decenas de kilómetros a la intemperie. Bastante hacían con soportar el trabajo en la cantera, que era más un castigo físico que otra cosa. Le dijeron que una vez al mes venían algunos camiones a llevarse las piedras. Eso era todo. Ni sabían adónde las transportaban ni para qué servían. Por la tarde llegaban los cinco educadores, y los soldados les llevaban a los presos que les solicitaban. Cada educador pasaba con uno de los reclusos no más de media hora. Suficiente. Se rendían y eso era todo. Los presos volvían a sus celdas y los educadores anotaban algo en sus cuadernos.

El campo era una burbuja perdida en el tiempo.

—¿Cuándo fue la última vez que un preso aceptó la reeducación?

Xi Shang hizo memoria.

—Hará un par de meses, al empezar el invierno. Siempre hay alguno, no creas. Resisten porque, en el fondo, se dan fuerzas unos a otros. Con una docena al año ya es un éxito.

—¿Y alguno importante?

—Hace un par de años, el 97, que era muy influyente, se echó a llorar y vio la luz.

—¿La luz?

—Comprendió su error. Abrazó la causa. Dos días después, en un acto público, delante de todos los presos, confesó sus pecados, dijo que había estado equivocado, y los exhortó a que hicieran lo mismo.

—¿Dijeron algo?

—No, ninguno abrió la boca.

—¿No te resulta sorprendente?

—¿El qué?

—Pues que prefieran estar aquí antes que renunciar a lo que creen.

—¿No te he dicho que son como animales? ¡Están locos! ¡Todos están locos! Podrían vivir en paz, en sus casas, felices, disfrutando de la armonía que nos ha dado el Partido, y en lugar de eso... Mírales, poseídos por el mal, enfermos de odio y de decadencia.

Li Huan prefirió no seguir hablando.

Xi Shang le miraba ya con el ceño fruncido.

¿Por qué, de pronto, recordaba a su viejo profesor, cuando de niño, fascinado por las historias que le contaba, soñaba con ser escritor?

Qué temeridad.

¿Escribir, para qué, o para quién?

Todos los libros eran subversivos.

Los soldados cenaban antes. Después, les llevaban la comida a los presos. Nada de hacerles comer o cenar todos juntos. Bastante compartían ya en la cantera. Le tocó a él, por primera vez, hacer de camarero. Fue a la cocina y le dieron un carrito con la sopa, el arroz y los platos. También un balde de agua

que procedía de la nieve fundida. Cuando salía empujando el carrito para ir al pabellón, se encontró con el sargento Wu.

—¿Soldado?

—Sí, mi sargento.

—¿Qué tal tu primer día?

—Perfecto, camarada. Conozco mis obligaciones y sé que los desempeñaré fielmente.

—Pareces listo.

—Todo soldado es listo si sus mandos lo son, mi sargento.

El hombre alzó una ceja.

Asimiló las palabras de su nuevo guardia.

Torpemente, pero lo hizo.

—Pareces distinto a lo que hay por aquí —se limitó a decir.

—Gracias, camarada.

El sargento Wu se alejó y él siguió empujando el carrito. Salió al exterior. Todo estaba ya muy oscuro. El cielo cubierto sin el menor resquicio para ver titilar una estrella. Las luces de los pabellones apenas si desparramaban leves halos por los que las escasas polillas se peleaban en busca de un poco de calor. La nieve crujía bajo sus botas. A veces era como si escuchase el sonido de un hueso al quebrarse. El carrito dejaba tres surcos como tres huellas indelebles. Tenía una rueda delantera y dos traseras.

Se preguntó cómo empujaría el carrito bajo una nevada, o si la nieve tuviera tanta altura que le fuera imposible avanzar.

Les tocaría abrir caminos, con las palas, claro.

—Bienvenido al paraíso —rezongó.

Bien, esperaban algo de él, pero no sabía qué.

La mayoría de soldados apenas si sabía leer lo justo y, salvo poner su nombre, todavía eran peores en lo relativo a la escritura.

Bastaba con saber lo necesario para leer el Libro Único.

El bloque con los presos de nivel 1 le recibió con frío, como si allí hiciera más del normal. La mitad de las luces de neón estaban apagadas, y dos de los tubos chisporroteaban buscando inútilmente mantenerse en funcionamiento. Su zumbido era persistente, molesto. Se morían entre protestas. Los presos lo

hacían en silencio, pero las luces no.

Pensó que era curioso.

No había nadie de guardia en ese momento. Creyó que al estar solos se dedicaban a hablar entre sí, trasgrediendo las normas, pero no. El silencio era absoluto. Posiblemente supieran que la cena estaba al llegar. O tal vez fuera el miedo a ser castigados en aislamiento. Cerró la puerta exterior y se detuvo frente a las rejas de la celda uno. El preso seguía dormido, así que se limitó a llenar la bandeja de metal. A un lado, la sopa. Al otro, el arroz. Una cuchara de plástico y el cuenco con agua. Lo introdujo en la retícula por el hueco inferior de las rejas y pasó a la número dos. El hombre que por la mañana hacía ejercicios le observó en silencio. Tenía ojos de alucinado. Tan abiertos que daba la impresión de que las pupilas fueran a caérsele de un momento a otro. Este se abalanzó sobre la bandeja y se puso a comer allí mismo, sentado en el suelo. El tercero llevó la bandeja a la cama muy despacio, para no derramar la sopa o el agua. El cuarto, al que había visto orinar sobre las manos por la mañana, estaba tan envejecido que cualquiera habría pensado que llegaba a los cien años. Ni siquiera le miró. Mantuvo la vista baja. Las celdas cinco y seis seguían vacías.

Quedaban otras seis.

Pasó a la siete.

Y allí estaba él.

Ahora no miraba por la ventana. Ahora lo encontró tendido en la cama, bocarriba, casi con indolencia. Ladeó la cabeza y al verle se puso en pie.

Se acercó a la reja.

Tan menudo, tan frágil, con el cabello largo confiriéndole una aureola de loco, y, sin embargo, los ojos tan penetrantes.

Fijos.

Limpios.

¿Era eso lo que le había hecho estremecer por la mañana?

No esperaba escuchar su voz.

—Tú eres nuevo.

Li Huan levantó la cabeza sobresaltado.

No supo qué hacer.

Ni mucho menos qué decir.

—¿Cómo te llamas?

Reaccionó.

—¡Cállate 139!

—Me llamo Wang Zhu, pero eso ya lo sabes, ¿no?

—¿Quieres ir a una celda de castigo?

No le hizo caso.

—¿Qué edad tienes? Pareces un niño.

—¡No te dirijas a mí!

—Tú eres distinto.

Sacó la porra.

Golpeó los barrotes, una, dos, tres veces.

Fuera de sí.

¿Por qué?

—¿Estás loco, 139? ¿Quieres que en mi primer día te envíe a una celda de aislamiento?

Sentía ira.

Rabia.

Pero también un extraño sentimiento de frustración.

Por la mañana había visto a los soldados golpear a muchos con sus porras, sin más, por placer, o para poner en evidencia su autoridad. Eran guardias severos.

Él no quería usar la porra, aunque los disidentes fueran animales.

Bestias ajenas al Sistema.

La porra golpeó la reja.

Se hizo el silencio.

Los dos hombres se miraron.

Furia en uno, tristeza en otro.

Luego, despacio, Li Huan llenó los dos huecos de la bandeja, y el cuenco con agua. Se agachó y la introdujo en la celda a través de la abertura inferior.

El preso no la cogió.

Aquella mirada...

Se dispuso a seguir con su ronda, pasar a la siguiente celda, la número ocho.

Y entonces...

—Tenía un hijo de tu edad —dijo Wang Zhu.

Li Huan dejó el carrito. Volvió a sacar la porra. Todo muy rápido. Violentemente rápido. Se abalanzó sobre la reja, pasó el brazo izquierdo al otro lado y lo atrapó. El preso ni siquiera reaccionó. O no pudo o no quiso. Li Huan lo agarró por el cuello. Tiró de él. La cara del preso quedó incrustada entre dos barrotes. No se quejó. El gesto de dolor fue mínimo.

Li Huan levantó la otra mano.

La porra.

Bastaba con dejarla caer.

Cruzarle el rostro al maldito loco.

Los dos hombres se miraron.

Li Huan sintió el vértigo.

En los ojos de su oponente no había miedo.

Tampoco rabia o furia, ni siquiera desolación.

Había... ¿piedad?

La escena se congeló por espacio de una breve eternidad.

Silencio.

Silencio bajo el fragor de la batalla.

Hasta que la mano de Li Huan soltó al preso 139.

Y la porra descendió de las alturas.

Hasta que los ojos dejaron de encontrarse.

Y los dos recuperaron sus vidas.

Wang Zhu siguió donde estaba.

Li Huan dio un paso atrás, cogió el carrito y continuó su camino hasta la siguiente celda, la número ocho, donde los restos de un pellejo animado miraron la comida con la avidez de un muerto de hambre.

Al acostarse en su cama, Li Huan cerró los ojos.

Pero no pudo cerrar la mente.

Recordaba la escena, la tenía grabada a fuego, una película que desfilaba a cámara lenta, pero más le escocía el fragor de aquella mirada.

El frío fuego de aquellas pupilas.

¿Por qué?

No era más que un preso, un enemigo del Estado, un peligro social, un cáncer capaz de devorarles. Wang Zhu representaba todo aquello por lo cual se había hecho una revolución. El Sistema equivalía al todo. El disidente solo a sí mismo. La colectividad frente al individualismo. El bien común frente al pensamiento solitario. Si cada ser humano fuera así, egoísta, egocéntrico, ¿qué cabría esperar del futuro?

Bueno, sí, serían como ellos, los otros, el decadente mundo occidental que se movía al filo del abismo sin darse cuenta de su estupidez.

Pero entonces...

¿Por qué le atraía aquel hombre?

Era tan extraño...

Primero, una mirada. Ahora, su voz. Finalmente...

¿Qué?

«Tenía un hijo de tu edad».

¿Por qué le había dicho aquello?

¿Qué le importaba a él?

¡Era un soldado, no un niño!

Wang Zhu llevaba cinco años allí. Toda una vida. Cinco años mirando por su ventana. Cinco años envuelto en sus pensamientos. Cinco años sin dar su brazo a torcer, sin querer ser reeducado, sin proponérselo siquiera.

¿Tan seguro estaba de sus convicciones?

Bien, ¿acaso el Gran Padre no estaba seguro de las suyas, y todos ellos, el país entero, lo estaba con él?

¿Por qué los que vivían en la oscuridad no veían la luz al otro lado?

Li Huan se dio una vuelta más en la cama.

Tenía que dormir.

Descansar.

Bastaba un momento de flaqueza para fracasar, para perder la confianza que el sargento mayor Wu o el capitán Qun Ming habían depositado en él. Un error y lo pagaría caro. Sería su fin. Quería ser un buen soldado, cumplir con su deber, aspirar a más.

Aunque desear algo siempre era peligroso.

El Sistema ponía a cada cual en su lugar.

El Sistema era sabio.

Li Huan intentó dejar de pensar en el preso 139. Evocó la imagen de sus padres. Más aún: evocó la de Shi Lin, dulce, etérea, tan suave como una flor y tan ligera como una mariposa. Shi Lin, que no tardaría en olvidarle.

Salvo que...

No. Salvo nada.

Respiró profundamente.

Y en algún momento de los siguientes minutos, se durmió.

B

6

No volvió a ver al capitán Qun Ming hasta una semana después.

Se lo dijo Wu. O más bien se lo gritó:

—¡Li Huan, preséntate en el puesto de mando!

Estiró bien el uniforme, se caló la gorra y echó a correr.

—Pasa. Te espera. —Lo invitó el soldado de la primera vez.

Li Huan cruzó aquel umbral. El mismo despacho, la misma estufa, el mismo aspecto y la misma escena, con el jefe del campo escribiendo algo en una libreta. El hombre ni levantó la cabeza, así que se cuadró ante él y esperó, sin abrir la boca.

Se le ocurrió pensar en lo agradable que sería el verano, sin la nieve ni el frío.

Una estupidez.

Qun Ming acabó dejando la pluma y cerrando la libreta.

—Siéntate, soldado —le ordenó.

No lo esperaba. ¿Sentarse allí, delante de su superior? En algunos lugares algo así podía ser un honor. Desde luego para sí mismo lo era. Le obedeció con rapidez. De las dos sillas ubicadas delante de la mesa, escogió la de la izquierda. Fue instintivo. Luego se dio cuenta de que en la de la derecha el sol que entraba por la ventana le habría dado en la cara.

—¿Qué tal tu primera semana?

—Bien, camarada.

—Wu dice que eres trabajador, eficaz, puntual y disciplinado.

—Lo intento. —Se sintió halagado.

—Los débiles intentan las cosas. Los fuertes las hacen. No lo olvides.

—Sí, camarada.

El capitán le escrutó un par de segundos.

Luego señaló una hoja de papel depositada justo al lado de la libreta en la que había estado escribiendo.

—Te dije que iba a haber cambios, ¿recuerdas? Cambios de los que serías informado oportunamente.

—Lo recuerdo, sí.

—Pues el momento ha llegado, y antes de lo que yo mismo esperaba.

Li Huan miró la hoja de papel.

Parecía importante, llevaba un membrete oficial y un sello al pie del texto, junto a la firma.

—El Gran Padre es benevolente, Li Huan. —La voz del capitán se hizo amigable—. Quiere a sus hijos. A todos sus hijos. —Remarcó la palabra «todos»—. Ama a los fieles, pero sufre por aquellos que no lo son. Podría barrerlos de un plumazo. Bastaría una orden. Fusilaríamos a cuantos tenemos aquí y volveríamos a casa. Sin embargo, él no desea eso. No le importa lo que piense el decadente mundo occidental, pero no quiere ser considerado un monstruo cuando es todo lo contrario. Es severo pero justo, implacable pero benevolente. Por esa razón es el Gran Padre, el líder, el ser excepcional al que debemos lo que somos y en el que confiamos. —Llevó una bocanada de aire a los pulmones—. Los hombres que tenemos aquí presos llevan años sin saber nada de sus familias. Están aislados del mundo. Purgan sus pecados y su desafío en soledad. Y es posiblemente esa soledad lo que les hace más fuertes. Su resistencia a la reeducación es increíble. Creen haberlo perdido todo. Están dispuestos a sacrificarse en aras de lo que, excepcionalmente, creen. Por eso desde ahora cambiaremos de actitud. Por eso el Sistema ha decidido mostrarles el camino de la redención. Ya no van a sentirse solos: podrán escribir a sus familias.

Li Huan parpadeó un par de veces.

La explicación del capitán había sido larga, pomposa aunque precisa.

Lo que no sabía era qué tenía que ver él con todo aquello.

—¿No será peligroso? —se atrevió a decir.

—No, porque no vamos a dejarles que escriban cuanto se les antoje sin controlarlo, es evidente.

—Ya. —Siguió sin entender qué hacía allí ni por qué le contaba los planes de las principales autoridades.

—La intención de permitirles esa correspondencia es clara: que vean lo que se pierden, que sientan el deseo de retornar con sus seres queridos, esposas, hijos, nietos. Será como una llamada. Apelaremos a sus sentimientos, a su humanidad, no a sus creencias políticas. No es menos cierto que, a través de sus cartas, podemos descubrir a otros traidores o adentrarnos en sus pensamientos de manera que los reeducadores tengan nuevos argumentos para actuar. Pero lo esencial será motivarles, minar su resistencia. Todo con el debido control, porque ninguna carta saldrá de este campo sin que tú la hayas leído y censurado previamente.

Li Huan se quedó finalmente sin aliento.

Así que era eso.

Por esa razón estaba allí.

Sabía leer, escribir, era el más listo de los soldados.

La cultura le hacía ser diferente.

—¿Quiere que yo supervise lo que... escriban, camarada?

—Esos disidentes no son estúpidos, Li Huan. Están ciegos, sordos, pero no son estúpidos. Si algo saben es dominar el poder de las palabras, habladas o escritas. A la mayoría, incluso a los soldados más listos, se les escaparían sus intenciones, leerían sin ver más allá de lo que puedan entender. Sé que contigo no sucederá eso. Sé que tú sabrás ver los dobles sentidos, los matices, aquello que se dice de una forma pero se entiende de otra, las metáforas absurdas, las imágenes falsamente poéticas que encierran soflamas o proclamas subversivas. —Hizo una pausa para frenar un poco su progresivo vértigo oral —. Tú leerás, evaluarás y censurarás esas cartas, tachando lo que creas que no ha de aparecer en ellas.

—¿Censuraré también las que les manden a ellos?

—No, eso lo harán antes de remitírnoslas aquí.

—Entonces no será un camino de dos direcciones. Si no sabemos qué cortan...

—Tú preocúpate de nuestros presos. De las familias se ocupan los que las vigilan y las controlan. ¡Sé que harás un gran trabajo, soldado!

—Capitán...

—No. —Levantó una mano prohibiéndole seguir—. Tienes un instinto nato. Es lo que pone tu expediente. Eres joven, valiente, firme en tus convicciones y... —sonrió— tú mismo confesaste que una vez, antes de la Revolución, quisiste ser escritor. Justo lo que se necesita aquí. Justo un cargo lleno de honor que habrá de servirte mucho en el futuro, no te quepa duda. Sé que no fallarás, Li Huan. Lo sé y lo saben los que te mandaron aquí.

No había escapatoria. Era una orden.

El más insólito de los trabajos que pudiera hacer un soldado.

Incluso allí.

En el fin del mundo.

Lo intentó por última vez.

—Hay muchas palabras que no conozco, camarada.

—Si no las conoces, es que son peligrosas. Táchalas. Seremos magnánimos, pero no estúpidos —reemprendió la explicación de lo que se esperaba de él—. Cuando uno de los presos quiera escribir una carta, lo solicitará y le darás papel y un lápiz. Eso solo lo podrás hacer tú o alguien de tu confianza, a fin de controlar quién y cuándo escribe. Un guardia estará presente mientras lo haga, para que no utilice el lápiz como arma contra sí mismo o contra uno de nosotros. Al acabar la carta devolverá el lápiz y te tocará leerla y censurarla. Por supuesto pagarán el papel, el lápiz, el sobre y el sello. Nos ocuparemos de que las familias respondan por ello. Al pie de cada carta deberán poner la dirección del envío. Para que no haya excesos, todo recluso dispondrá de una oportunidad al mes.

—¿Cuál es el límite de la censura, camarada capitán?

—No hay límites. —Abrió las manos en un explícito gesto—. Todo dependerá de ti. Palabras extrañas, expresiones libertarias, frases que digan una cosa y signifiquen otra, alusiones a la paz, el amor, la vida... Ya te lo he

dicho. Deberás abrir bien los ojos, pero aún más la mente. Si te quedas corto y alguien lee una carta de esas, el que acabará preso serás tú. No puedes ser condescendiente. Eres nuestra espada flamígera. —Pareció dar por terminadas las explicaciones cuando recordó algo más—: Ah, por cierto. Es evidente que yo no voy a poder leer esas cartas, ni antes ni después, pero sí deberás hacerme un informe... pongamos cada dos meses, resumiendo lo que percibas de cada preso, anotando las palabras o frases más relevantes que hayas censurado, tanto por lo que respecta a los presos como a sus familias. Servirán para las evaluaciones y para que los reeducadores conozcan un poco más acerca de ellos si, pese a todo, siguen resistiéndose a su reinserción social.

—De acuerdo, camarada —asintió rendido a lo evidente.

—Entonces eso es todo, soldado.

—¿Cuándo...?

—Ya mismo. Se te habilitará un espacio para que puedas trabajar tranquilamente y se te eximirá de algunas de tus funciones como, por ejemplo, ser guardia en la cantera. Hablaré con el sargento mayor. Claro que todo dependerá del volumen de cartas. Estamos justos de personal y toda ayuda es poca. En tu tiempo libre seguirás haciendo lo que te mande Wu, llevando la comida a los presos o custodiándoles en su hora de ocio. —Puso punto final a la charla con un lacónico—: Cumple con tu cometido, soldado.

Qun Míng siguió sentado.

Li Huan se puso en pie.

Le saludó marcialmente.

Iba a marcharse cuando su superior señaló la pluma.

—Esta será desde ahora tu arma. Úsala bien —le dijo.

7

Se lo explicó a Wang Zhu a la hora de la cena.

Ahora sí podía hablar con él.

Un nuevo estatus, un poder distinto.

—Prisionero 139.

El hombre se acercó a la reja.

—¿Me hablas?

Pasó por alto el comentario. Ni siquiera le sirvió la sopa y el arroz. No había hablado con los presos de las celdas uno, dos, tres y cuatro. Él era el primero.

Quería verle la cara.

Calibrar su reacción, sus emociones.

—Desde ahora, se os va a permitir escribir una carta al mes a quien deseéis, también recibir una al mes de la persona a la que os dirigáis. Cuando quieras hacerlo, deberás pedírmelo a mí. Yo te facilitaré papel y lápiz. Los costos del envío correrán por vuestra cuenta. Si no tenéis dinero y las familias no lo facilitan, no habrá cartas. ¿Estamos?

—Entiendo —asintió.

—El Estado confía en que valoréis debidamente su magnanimidad y benevolencia.

—Claro.

Li Huan frunció el ceño.

—No te veo muy entusiasmado.

—Oh, lo estoy.

Se acercó un poco más a la reja y le observó con atención.

Parecía tan sereno.

¿Cómo podía estarlo?

—¿Comprendes lo peligrosos que sois, y que, pese a ello, se os tiende la mano?

—¿Peligrosos?

—¡Sí!

Wang Zhu alzó las cejas y se mordió los labios.

—Tal vez tengas razón —dijo—. Han caído más gobiernos por la fuerza de las palabras que por la de las balas.

—¿Así que lo reconoces?

—Supongo que los dos amamos a la patria de diferente forma.

—¡Solo hay una forma de amar a la patria: servirla!

—¿Sin cuestionarse nada?

—¿Quiénes somos nosotros para cuestionar a nuestros líderes?

—El pueblo.

Li Huan abrió la boca.

Luego la cerró.

De repente se había quedado sin palabras.

«Es peligroso, hechiza, embruja», recordó la voz de Xi Shang.

Cogió la bandeja y le sirvió la sopa y el arroz.

En silencio.

—¿Podría escribir mañana esa carta? —le preguntó el preso.

—Sí.

—¿Puedo preguntarte algo?

Li Huan se agachó para pasarle la bandeja con la comida y el agua por el hueco inferior de la puerta. Al levantarse hizo lo imposible para no volver a mirarle a los ojos.

—¿Qué sucede lejos de aquí? —volvió a hablar Wang Zhu.

—¿Te he dado permiso para hacer esa pregunta?

—Dicen que quien calla, otorga.

—¡No uses palabras raras conmigo! ¡Te las tacharé todas!

—¿Censurarás tú mis cartas?

—Tendré ese honor, sí. Me han confiado la responsabilidad.

—Así que eres culto, inteligente.

No supo qué responder.

No tenía más que dar un paso, seguir andando, salir de su campo visual y pasar a la siguiente celda.

Siguió donde estaba.

—¿Para qué quieres saber qué sucede lejos de aquí?

—Hace cinco años que no sé nada del mundo. Si puedo escribir a mi esposa, me gustaría saber cómo va todo.

—¿No te imaginas lo más lógico?

—No.

—¡Vivimos una era de paz y prosperidad gracias al Gran Padre, que nos ha dado el equilibrio del que antaño carecimos! ¡Somos fuertes, nos temen, tenemos algo en lo que creer! ¡Algo sólido, nuestro! ¡El Sistema funciona, es sólido, somos uno, todo está recogido en el Libro Único!

Wang Zhu bajó la cabeza.

Pareció que se le descolgaba a plomo sobre el pecho.

—Cada libro es único, por eso se necesitan miles, millones de ellos para aspirar a...

—¡Cállate! —le gritó—. ¿Ya vuelves a las andadas? ¿Es que nunca paras, nunca descansas? ¿De qué te han servido estos años aquí? ¡El progreso ha barrido las viejas formas! ¡Eso es lo que sucede ahí afuera, como dices! ¡Es un nuevo orden! ¡Vivimos en paz porque no hay enemigos del Estado ni voces disidentes, como sucedía antes, cuando nos pasábamos la vida peleando entre nosotros! ¿De qué sirven las democracias si no es para que todos hablen sin que nadie escuche al otro ni se haga nada? ¿Por qué no lo entiendes y lo aceptas de una maldita vez, viejo? ¡No estaríamos aquí si no fuera por vosotros, pobres locos!

—¿Por qué te enfadas y gritas tanto?

—¡No me enfado!

—Pues lo parece.

—¡Me irrita vuestra cabezonería! ¡Preferís hacinaros aquí, morir, antes que abrir los ojos y ver la verdad!

—¿El pensamiento único es la verdad? ¿No te das cuenta de que sin preguntas no hay respuestas, y sin respuestas no hay pensamiento?

—¡No se puede vivir en la duda constante!

—Ni en el silencio eterno.

—¿De qué silencio hablas?

—Del silencio de la certeza absoluta, cuando nadie es capaz de cuestionarse nada.

—¿Quién soy yo para cuestionarme nada? ¡Nuestros líderes saben lo que es mejor!

—Son personas, como tú y como yo, y por lo tanto seres humanos imperfectos, o peores, instalados en sus pedestales y paralizados en sus cargos

casi vitalicios.

Hizo lo mismo que aquel día.

Levantó la porra.

¿Por qué hablaba con él?

¿Por qué le escuchaba?

¿Qué clase de atracción ejercía...?

—¿Por qué no le tienes miedo a los golpes? —Quiso saber manteniendo la porra en alto.

—A veces duele más el cerebro que el cuerpo, hijo.

—¡No me llames hijo! ¡Yo no soy tu hijo! ¡Ahórrate la condescendencia o te juro que...!

La porra volvió a temblar en lo alto.

Nunca había golpeado a un ser humano.

La sola idea le asqueaba.

Pero aquel hombre...

—El día que mueras nadie va a llorar en tu tumba. —Escupió cada una de las palabras con el mayor desprecio del que pudo hacer acopio.

No guardó la porra.

Pero empujó el carrito de una vez y pasó a la siguiente celda.

El pabellón se quedó en silencio.

8

No tenía por qué hacerlo todo él. El capitán le había dicho que podía delegar en alguien de su confianza.

Pero lo hizo.

Le entregó la hoja de papel, la tablilla para apoyarla, el lápiz, y se sentó delante de la reja para vigilarle.

—¿A quién vas a escribir?

—A mi esposa.

—Pues empieza. Si hablas, te lo quito —le previno.

Wang Zhu no dijo nada.

Parecía emocionado.

Iba a escribir su primera carta en cinco años.

Tal vez, por esa razón, se pasó casi dos minutos inmóvil, con el lápiz en la mano y la hoja de papel ante sus ojos. Un par de veces levantó la vista y la dirigió hacia la ventana. No había nubes. El cielo estaba encapotado, gris. La tarde era más fría de lo normal. Amenazaba con nevar.

—No tengo todo el día —le dijo Li Huan.

El preso 139 bajó la cabeza.

Y comenzó a escribir.

Su carcelero casi contuvo el aliento.

«Ese hombre maneja las palabras con maestría. Ten cuidado».

Li Huan volvió a sentir aquella extraña inquietud.

Rabia.

¿Por qué le atraía tanto aquel maldito disidente? ¿Por qué veía en él a alguien distinto? ¿Acaso no eran todos iguales, falsos intelectuales que se creían superiores a los demás? ¿Por qué, en el fondo, le producía una morbosa fascinación oírle hablar?

Se comportaba como si no estuviese prisionero.

No tenía miedo, y un hombre sin miedo era peligroso.

¿De qué forma se le podía derrotar?

Wang Zhu escribía despacio.

De manera pausada.

Y siempre, de tanto en tanto, miraba hacia la ventana.

Acabó la parte delantera de la hoja. Le dio la vuelta y continuó por la trasera.

—No voy a darte más papel, así que tú mismo.

El preso no dijo nada.

Ahora estaba concentrado.

¿Qué le contaría a su esposa? ¿Qué palabras estaría empleando?

Li Huan se movió inquieto.

Tenía tantas ganas de leer aquella carta...

Wang Zhu se llevó la mano libre a los ojos.

La pasó por ellos.

¿Lloraba?

No quiso preguntárselo. Las lágrimas de un hombre eran privadas. Incluso las de un reo. Después de todo, se comunicaba con su esposa tras cinco años de silencio.

¿Y si ella estuviese muerta?

No, se lo habrían dicho.

Li Huan vio cómo el preso llegaba al final de la página.

Fin.

Wang Zhu suspiró.

—¿Ya está? —preguntó Li Huan.

—Sí, ya está —asintió él.

—De acuerdo. —Se puso en pie—. Dámelo todo.

Se encontraron a ambos lados de la reja, la frontera de su mundo. Wang Zhu le pasó la carta, la tablilla de apoyo y el lápiz por entre los barrotes viejos y herrumbrosos. Li Huan le observó entonces la cara más de cerca.

Parecía sereno.

Tan sereno como siempre.

—¿Por qué estás tan tranquilo?

El preso se encogió de hombros.

—Eso no es una respuesta —le advirtió Li Huan.

—¿Qué quieres que te diga?

—¡Eres mi prisionero! ¡Si te pregunto, responde!

Se encontró con aquellos ojos profundos como agujeros negros.

—Solo encarceláis mi cuerpo, no mi mente.

—¡No seas necio, van juntos!

—No, te equivocas. Esto es libre. —Se tocó la frente con el dedo índice de su mano derecha—. No podéis meteros aquí dentro.

—¿Ves como estás loco? ¡Dices cosas sin sentido!

—Lo único que lamento es el sufrimiento de mi esposa.

—Eres débil. —Lo argumentó como un triunfo—. Sufres por otra persona en

lugar de pensar en ti.

—¿Pensar en mí? ¿Para qué? Yo moriré aquí, amigo mío.

—¡No soy tu amigo!

Le hacía gritar. Y enfadarse. Una y otra vez acababa gritando, fuera de sí.
¿Por qué no lo golpeaba con la porra?

¿Tenía miedo de hacerlo?

¿El preso no y él sí?

—¡Podrías reeducarte y salir de aquí en muy poco tiempo! ¡Ser útil! ¡No consigo entender tu estupidez!

—La luna no se convierte en sol porque lo quiera.

—¿Y eso qué significa?

—Que lo inevitable, es inevitable.

—¡Eso es rendición! ¡Ni siquiera luchas!

—Claro que lucho.

—¿Cómo?

—Si no lo ves, si no lo entiendes, no puedo explicártelo.

—¿Así que me tomas por idiota?

—No, yo no he dicho eso. —El reo dulcificó su expresión.

—No sé por qué hablo contigo. —Se dispuso a retirarse.

—Li Huan...

Se volvió hecho una furia.

Feroz.

—¿Cómo sabes mi nombre? —gritó abalanzándose sobre la reja.

—Oí al guardia que te llamaba así.

—¿Quieres que rompa tu carta? —le amenazó.

Por primera vez, vio algo parecido al miedo en sus ojos.

—No, por favor.

—¿Qué más te daría esa que otra?

—Nunca sería la misma. Sería otra. Y esta es la primera. Es como el primer vino que da un viñedo. Son las primeras palabras...

Li Huan hizo ademán de ir a rasgar el papel.

Wang Zhu entristeció los ojos.

El pulso ocular se mantuvo unos segundos.

Casi instintivamente, Li Huan recordó a su abuelo.
También era bajo, menudo, y terco como una mula.
Le quería.
Bajó las manos y cesó la amenaza.
—Gracias —dijo entonces Wang Zhu.
—Voy a leer atentamente lo que has escrito, ¿sabes?
—Es una carta muy inocente, te lo aseguro. —Suspiró esbozando una sonrisa
—. No hay nada que cortar, ya lo verás. Solo quiero que ella sepa que estoy
bien.
No hubo más.
Li Huan le dio la espalda y enfiló el largo pasillo del bloque haciendo que el
eco de las pisadas de sus botas se esparciera por todos los recovecos del
lugar.

9

Tenía catorce cartas, pero se abalanzó sobre la de Wang Zhu.

La primera.

Quería saber.

Tanta curiosidad...

La letra era rotunda, clara. Letra de escritor, de maestro, de hombre paciente.
Letra que se leía sin esfuerzo, sin dolor, sin necesidad de interpretaciones.
Letra abierta, diáfana, tan hermosa que las palabras parecían danzar sobre el
papel.

Una danza apasionada.

Li Huan se sintió turbado por ello.

El primer golpe.

Intentó concentrarse. ¿Qué importaba el marco cuando lo esencial era el
contenido, el retrato o la pintura? ¿Qué más daba si las palabras bailaban? Lo

esencial era su música.

Comenzó a leer y fue como si la voz de Wang Zhu sobrevolara su mente.

Allí estaba él.

«Amada May Lai...».

¿Amada? No, eso era como decir que el amor bastaba para todo. ¿Por qué no había empleado «querida»? Sin duda era un comienzo demasiado intenso y personal.

No voy a decir que te echo de menos, porque lo sabes. Ni te diré que daría mi vida por verte de nuevo un minuto o tocarte un segundo que sería eterno. Muchos días y noches, viendo las estrellas del cielo, estoy contigo, en casa...

¿Estrellas del cielo? ¿En casa? ¡Ni siquiera parecía la carta de un preso, sino la de alguien que está en un balneario gozando de la vida! ¿Qué clase de ensoñación era aquella?

¡Fuera, fuera!

Las palabras escritas a lápiz desaparecían bajo la capa de tinta negra.

Mi ventana es como una puerta abierta sobre los silencios humanos y las guerras de los sentidos...

Li Huan descolgó la mandíbula inferior.

¿Y eso qué significaba? ¿Silencios humanos? ¿Guerras de los sentidos? ¿Y por qué le hablaba de la ventana? ¿Un indicio, una pista?

No, no... ¡no!

Fuera.

—Maldito seas —rezongó—. ¿A quién quieres engañar, viejo loco?

Casi no sé de qué hablarte. Estoy bien. No temas. Estoy bien. Piensa en lo mejor de nosotros y será suficiente. Construimos una vida juntos y nadie nos arrebatara jamás el pasado, aunque el presente sea oscuro y el futuro una distorsión de la esperanza...

Tuvo que volver a leer el párrafo.

Dos veces.

¿«Arrebatarse el pasado»? ¿No significaba eso que se aferraba a sus vanas ideas antisociales? ¿«Presente oscuro»? ¡El presente era luminoso, como aseguraban los líderes, el Partido y el Gran Padre! ¡Luminoso porque se habían roto las cadenas con los males de otros tiempos! Y en cuanto al futuro... ¿una «distorsión»? ¿Qué clase de palabra era aquella?

—Y encima hablas de esperanza...

Las esperanzas eran los sueños de los ilusos y los impotentes.

Mojó el pincel en la tinta negra y dejó más y más sesgos sobre el papel, aislando las palabras que se salvaban de la destrucción.

—Loco, loco absurdo... —murmuraba entre dientes.

Estaba dispuesto a hacer bien su trabajo. Más que bien. Ante la menor duda, lo mejor era actuar con rigor. Ellos se creían más listos. Ellos se aferraban a su maldita superioridad intelectual, como si eso fuera una salvaguarda. Pero ellos, ellos, ellos estaban presos, purgando sus culpas y pecados. Ya no tenían nada, ni siquiera sus palabras.

Bastaba con tacharlas.

Fin.

Adiós.

Aferrado a la sombra del despertar que ansío, no existe la muerte en la frontera de este valle. Queda la memoria para recordar lo que fuimos y me pregunto de cuántas formas podré decirte que te amo. Quiero despertar de esta muerte tan viva, cuando los días son eternos y quedan los suspiros. El martillo del tiempo ha labrado mi cara, pero aún te sueño desnuda, vestida con el corazón...

Li Huan se dio cuenta de que apenas respiraba.

Por un lado, era capaz de sentir la belleza.

Por el otro...

No entendía nada. Era hermoso, pero no entendía nada. Y si no lo entendía era porque se trataba de algo subversivo. ¿Acaso no habían destruido todos los libros de poesía y aniquilado a los insulsos poetas que jugaban a ser

dioses con sus ensoñaciones?

¿Por qué no tiraba la carta entera a la basura?

No, eso sería como reconocer su estupidez y falta de cultura.

Bastaría con quitar las frases.

Las palabras.

Aunque cada palabra tachada, desgarrada del conjunto, fuese como si le arrancara al texto un miembro herido.

—Sigue, ¡sigue! —Apretó los puños.

Lo intentó.

Mi amor, abre la ventana de la esperanza. Ya sabes: la que da al futuro. Es difícil encontrar un sol en el infinito porque ya no somos dueños de nuestros pasos y aunque los dedos de nuestros pies caminen siempre juntos, en una sola dirección. Ahora sé lo tarde que es cuando el dolor llega pronto, pero quiero que sepas que te buscaré en los silencios del más allá. Allí sentiremos el placer hasta volvernos locos...

¿Por qué Wang Zhu hablaba de aquella forma?

¿Tan sutil era su doble filo?

¿O era porque sabía que él leería lo que acababa de escribir?

No, ¡no! La carta era para su esposa. Después de cinco años era la extraña forma que tenía de decirle que la amaba, con otras palabras, con sus palabras.

Hacía frío, pero empezó a sudar.

Sofocado.

Preso de una excitación que le impedía todo atisbo de calma.

El embrujo le hizo odiar más al maldito preso 139.

Cogió el pincel, para eliminar todo aquello.

Todo.

Pero se detuvo antes de sembrar la hoja de papel de más trazos negros, como esquelas en la memoria de tanta vida.

—Si lo tachas todo, ¿cómo escribirás los informes acerca de él? —se mintió a sí mismo.

Era verdad.

Pero también era mentira, sí.

Una excusa.

La cabeza empezó a darle vueltas.

Tenía al lado una libreta, para anotar lo que sospechara de cada carta y pasárselo a los reeducadores en caso necesario. También al capitán. La abrió, cogió la pluma facilitada por la intendencia del campo y comenzó a escribir en ella las frases tachadas, con calma, igual que de niño, cuando se le exigía ir despacio para tener una buena caligrafía. Las escribió una encima de otra, no en forma de texto seguido. Una encima de otra porque no eran más que eso, frases inconexas desgajadas del tronco principal. A medida que escribía una, la eliminaba de la carta con la tinta negra. Cada duda, cada inquietud, la resolvía suprimiéndola de la misiva después de anotarla él en la libreta.

Un trabajo paciente.

Pero ahora era el censor del campo.

Podía tener paciencia.

Era la pantalla, el tamiz que separaba a los peores elementos de la sociedad del nuevo mundo construido por el Gran Padre con la Revolución.

¿Quién podía presumir de tanto con solo dieciocho años?

—No presumas —se dijo en voz alta—. Es una lacra producto del egoísmo. Todos somos iguales. No eres mejor que los demás.

Sí, de vez en cuando convenía recordar las directrices del Libro Único.

De vez en cuando.

Completó la primera hora. La mitad del texto había sido eliminado. Lo que quedaba apenas si tenía sentido, pero ese no era su problema. Pasó a la segunda y continuó con su atento examen.

Si todas las cartas de todos los presos eran iguales, tendría mucho trabajo.

Solo para comprobarlo, le echó un vistazo a la siguiente.

Leyó más de la mitad.

No, aquella sí era una carta normal. Tacharía aquí y allá, pero sin duda mucho menos que en el caso de Wang Zhu.

Miró otra más.

Lo mismo.

Únicamente el preso 139 empleaba aquellas palabras, aquella fluida retórica

poética, aquellas imágenes difíciles de comprender y que podían esconder mensajes ocultos o soflamas libertarias. Él y nadie más que él.

Continuó con la segunda hoja.

Y tuvo ganas de llorar con tres de las nuevas frases.

No hay cárcel para la libertad del alma.

¿Se puede reír mientras el diablo baila?

Si no tengo casa, ¿dónde dejaré mis zapatos?

¿Por qué se emocionaba?

¿Era el sutil veneno de los reaccionarios penetrando en él?

¿Qué clase de magia invisible removía sus entrañas?

Concluyó la carta.

La segunda página no quedó mejor que la primera.

Li Huan, en cambio...

Sentía la cabeza del revés, le dolían los ojos, el estómago. Tenía el pulso acelerado. En verdad no estaba seguro de nada, de si había eliminado algo malo o no. Las frases anotadas en la libreta eran como flechas que asaeteaban su mente. Wang Zhu le había dicho que la carta era muy inocente. ¿Pero cómo creer a un traidor?

Leyó una vez más aquellas frases.

¿Podía existir placer en lo prohibido?

Miró a su espalda, como si sintiera el aliento del capitán Qun Ming en su cogote.

Bien, ya podía doblar la hoja de papel e introducirla en el sobre para que May Lai, la esposa de aquel diablo, según constaba en la dirección, recibiera sus primeras noticias en cinco años.

¿Por qué se habría casado con él?

—Eres perverso, pero escribes bien, maldito seas. —Cerró los ojos al tiempo que la libreta.

10

Las cartas eran muchas, así que en los días siguientes se dedicó a ellas.

Ni siquiera llevó la comida a los presos o hizo guardias. Era la primera oleada y la mayoría de ellos quiso mandar noticias a sus seres queridos. Los que no escribían era porque no tenían ya a nadie. Y no eran pocos.

Las purgas también alcanzaban a la población civil.

Toda revolución partía de cero.

Li Huan leía cada carta con atención.

Pero ninguna era como la de Wang Zhu.

Solía eliminar los comentarios alusivos al campo, la cantera, las condiciones de vida, lo que hacían o si el que escribía estaba enfermo. Borraba todo indicio equívoco o que diera pistas, no solo de dónde estaban, sino también de quiénes compartían aquel lugar, carceleros o presos. Era bastante sencillo. Intelectuales o no, los reclusos sabían que sus cartas iban a ser examinadas con lupa y censuradas, así que se evitaban problemas. O al menos lo intentaban.

Si era así, ¿por qué Wang Zhu había escrito aquella sarta de frases tan hermosas como preocupantes?

Cuando la última de las cartas fue enviada con el camión de suministros, y a la espera de las respuestas, Li Huan regresó a sus ocupaciones como soldado y parte de la guardia.

No quería ver a Wang Zhu, aunque fuese inevitable.

Sentía ya con demasiada angustia su influjo, la forma en que le removía la mente y las entrañas.

El primer día le pidió a Xi Shang que volviera a llevarles la comida y la cena, como había estado haciendo últimamente.

Lo peor fue mentirle al capitán Qun Ming.

—¿Qué tal nuestro preso más díscolo?

—Escribió una carta muy extraña, camarada.

—¿Algo en concreto?

—No. Frases poéticas, aunque sin duda encerraban mensajes para su esposa. No pude descifrarlas.

—Hablaré con los educadores.

Entonces se le ocurrió aquello:

—Capitán, ¿podría ver el expediente de ese hombre?

—¿Para qué?

—Si soy su censor, debería saber algo más acerca de él. Conocerle a fondo ayudaría, ¿no cree?

Cinco minutos después tenía en sus manos el expediente del preso 139.

Lo leyó con atención, solo para enfrentarse a una realidad de lo más discreta y vulgar. Wang Zhu era lo que era, un viejo profesor, un hombre hecho a sí mismo pero humilde y sencillo. Antes de la Revolución, sus libros y conferencias habían impactado en una élite estudiantil proclive a dejarse influenciar por ideas extremistas y pensamientos extravagantes. Pese a todo, era una persona que vivía sin estridencias, más bien pobre, hijo de obreros, brillante en sus estudios, con una mente preclara. Había sido detenido por enfrentarse a la Revolución, por negarse a claudicar ante el nuevo orden, por encerrarse en la universidad, con sus alumnos, desafiando al Sistema. Casado con una joven estudiante, habían tenido un hijo. Un hijo muerto en los primeros compases de la Revolución.

«Tenía un hijo de tu edad», le había dicho aquel primer día.

Li Huan cerró el expediente.

No era demasiado.

Se lo entregó al soldado que atendía las órdenes del capitán Qun Ming y aquella noche volvió a coger el carro de la cena para llevársela él a los presos de nivel 1.

Había un nuevo inquilino en la celda número cinco.

Pero todavía estaba demasiado apaleado como para incorporarse para tomar algún alimento.

Li Huan se detuvo frente a la reja de la celda siete.

Wang Zhu esperó.

—Te crees muy listo, ¿verdad? —Fue lo primero que le dijo Li Huan.

—¿A qué te refieres?

—A tus frases, tus palabras.

—No eran más que sentimientos.

—¿«No hay cárcel para la libertad del alma», «¿Se puede reír mientras el diablo baila?», «El cielo es rojo cuando la tarde cae»? ¿Eso son sentimientos?

—Sí.

—¿Me tomas por tonto?

—No.

—¡Sé muy bien de qué hablas cuando dices que el cielo es rojo al caer la tarde! ¡Es una metáfora!

—No, Li Huan. —Wang Zhu se atrevió a decir su nombre—. No es más que una realidad. El cielo es rojo cuando la tarde cae. Siempre ha sido así.

—¡Te estás refiriendo a la patria, al Partido! ¡Claro que somos rojos! Pero no vamos a caer. ¡No es nuestra tarde, ni el ocaso, sino un nuevo amanecer!

Su oponente abrió mucho los ojos.

Aparentaba gran sorpresa.

—¿Por qué te empeñas en buscar misterios donde no los hay?

—Porque si no fueras quien eres, no estarías aquí. ¡Qué desperdicio de astucia!

—¿Censuraste esas palabras? —Wang Zhu pareció no creerlo.

—¿Tú qué crees?

—¡No había malicia en ellas!

Li Huan le colocó la bandeja con la comida y el agua en el hueco de la reja.

Siguió su camino.

—¡Espera, por favor!

No le hizo caso.

—¿Por qué recuerdas esas frases? —le gritó el preso.

Li Huan siguió caminando. Podía sacar la porra y regresar, pero no lo hizo. Se detuvo en la reja de la celda ocho. Su ocupante ya le esperaba arrodillado para devorar la cena cuanto antes.

Wang Zhu no volvió a decir nada.

11

Las primeras cartas con las respuestas de las familias de los presos llegaron casi dos semanas después.

La de May Lai, esposa de Wang Zhu, entre ellas.

Li Huan sacó el papel del interior del sobre abierto.

Alzó las cejas.

Él había censurado la mitad de la carta. El censor de aquella solo había dejado la primera línea y la última: «Mi amor» y «Te quiero».

Más que una carta, parecía un castigo.

Quizá lo único que les interesara fuera leer lo que escribían ellos, los presos, para buscar la forma de reeducarles mejor.

Nunca se dirigía a Wang Zhu en la hora de patio. Ahora que podía hablar con él gracias a las cartas y a su nuevo cargo de censor, prefería hacerlo siempre en la galería, aunque allí pudieran escucharles los otros reclusos. Le llevó la carta de May Lai a la hora de la comida. Se la pasó en silencio por entre los barrotes y esperó a ver su reacción.

Wang Zhu sacó la hoja de papel.

Leyó aquella primera línea.

Luego le dio la vuelta y vio la última.

Sus ojos se llenaron de luces.

Y no pudo evitar dejarse caer sobre el jergón, abatido aunque todavía capaz de forzar una sonrisa.

—¿De qué te ríes? —le preguntó Li Huan.

—No me estoy riendo. Aunque no lo creas, dice lo suficiente.

—No dice nada.

—¿Te parece poco «Mi amor» y «Te quiero»?

—No pretendas engañarme. Si quieres mentirte a ti mismo, allá tú.

—¿Has amado a alguien alguna vez, o alguien te ha amado a ti más allá de

tus padres?

—¡Eso a ti no te importa! —Se enfureció.

¿Por qué hablaba con él si siempre se encolerizaba?

—Cuando dos personas se aman bastan un par de palabras para decirlo todo.

—Acarició la carta con una mano, como si así pudiera tocarla a ella. Luego la olió y agregó—: Por lo menos sé que ella está bien.

—Devuélvemela.

—¿Por qué?

—Podrías mirar al trasluz y ver lo que la tinta oculta. Basta con apretar un poco para dejar la huella de cada palabra en el papel.

Wang Zhu abrió un poco más los ojos.

Dos islas perdidas en medio de aquel rostro demacrado.

Se levantó y le devolvió la carta.

—¿Tan importantes son tus ideas? —quiso saber Li Huan.

—Sin ellas no somos nada.

—¿Vale la pena el sacrificio? —Estrujó la carta con la mano derecha—. Podrías volver a verla en unos meses si quisieras.

—¿Crees que no es lo que más ansío en el mundo?

—No. Lo que creo es que no la amas lo suficiente. Si fuese así harías lo que fuera por estar a su lado.

—¿No dice el Libro Único que el amor nos hace débiles?

—Veo que lo has leído.

—Claro. ¿Cómo no iba a hacerlo? No se puede luchar contra alguien si no se le conoce.

—¿Crees que estás luchando? —Abarcó la celda con los dos brazos abiertos.

—Resistir siempre es luchar.

—A veces me sorprende tu simpleza, 139.

—¿Crees de verdad que el amor nos hace débiles?

—Sí. —Pensó en Shi Lin.

—Pues te equivocas, porque es todo lo contrario. El amor nos hace fuertes. Por eso no quiero mentirme a mí mismo fingiendo ser lo que no soy para salvar la vida. ¿Cómo podría volver a casa de esa forma? ¿No te das cuenta de

que la amo tanto, y ella a mí, que no podríamos ser felices y nos despreciaríamos el uno al otro al negarnos lo que somos?

—¿Quieres que la denuncie?

—¡No! ¿Por qué dices eso?

—Si piensa así, no sé por qué está libre.

—¡Ella no ha hecho nada, Li Huan! —Se aferró a los barrotes con ambas manos—. ¿Por qué te empeñas en ser cruel? Tú no eres así.

—No me conoces.

—Sí, te conozco.

—Soy tu carcelero.

—No, eres un chico de dieciocho años, tan perdido como otro cualquiera, tan cargado de preguntas como otro cualquiera. No importa que lleves un uniforme. Estás vivo, tienes una cabeza y no puedes dejar de usarla. Tu mente y tu corazón llevan caminos opuestos a partir del momento en que llegaste aquí. No eres violento y desde que hemos empezado a hablar veo dudas en tus ojos. ¿De verdad crees que soy una mala persona?

Había sido una larga perorata, y él estaba atraído por ella.

Reaccionó.

—Si estás contra el Sistema, por supuesto que eres una mala persona.

—¿Qué Sistema es este que no acepta críticas?

—¡Tú quieres destruirlo!

—¡No puede imponerse nada por la fuerza!

—¡Eres un loco! ¿De qué forma puede imponerse la razón en una cabeza como la tuya, como la de todos vosotros? —Volvió a abrir los brazos abarcando ahora el campo entero.

Fue extraño.

Vio lástima en los ojos de Wang Zhu.

Una infinita pena.

El preso dejó caer las manos a ambos lados del cuerpo.

Bajó la cabeza abatido, pero sin dejar de mirarle.

—Algún día...

—¿Algún día qué? —lo apremió al ver que se detenía.

—No, nada. —Wang Zhu hizo ademán de regresar a su cama.

—¡Dilo! —Ahora el que se aferró a los barrotes fue Li Huan.
Ni siquiera se dio cuenta de ello.
—Algún día te acordarás de mí y será tarde —exclamó el preso.
—¿Tarde para qué?
—Para todo. Incluso para que seamos amigos.
—¡Yo nunca seré amigo de un traidor! ¡Además de loco estás enfermo, vives de espaldas a la realidad!
—Lo único que nos separa es una reja.
—¡Pero yo estoy de este lado!
—¿Y si la cárcel de tu lado es peor que la mía?
¿Por qué no entraba y le cerraba la boca a golpes?
¿Por qué?
Tenía que dejar de hablar con él.
Le confundía cada vez más.
Sobre todo después de leer aquella primera carta.
—¡Voy a informar de ti! —lo amenazó—. ¿Has oído? ¡Te interrogarán!
Consiguió hacerle estremecer.
Un poco.
Suficiente para sentirse vencedor.
Los «interrogatorios» eran algo más que preguntas sin respuestas. Eran palizas inmisericordes, y se hacían de tanto en tanto, aleatoriamente, o si un preso merecía un castigo o un guardia informaba de un problema.
Los interrogadores eran de una pasta especial.
Li Huan pensó que eso era todo.
Se dispuso a seguir, una vez más.
—¿Cuándo podré escribir otra carta? —le preguntó Wang Zhu como si nada le afectara.

Los días seguían siendo fríos, pero ya no nevaba. Ahora la lluvia lo embarraba todo, y en algunos lugares, el fango formaba una molesta capa de varios centímetros de grosor que aprisionaba los pies o engullía las botas a cada paso. Se hacía difícil caminar por los lodazales o, incluso, moverse cuando la cortina de agua impedía ver a unos metros de distancia. La humedad calaba en los huesos todavía más que el frío. Las rocas de la cantera, de pronto, se convertían en figuras peligrosas y resbaladizas. Las caídas eran frecuentes, y un brazo roto casi era lo de menos. En los últimos días de invierno habían muerto cuatro presos, tres por enfermedades y otro aplastado por una enorme piedra desgajada sin más de la parte superior de la cantera. La primavera parecía una promesa día a día. El invierno, de todas formas, no había sido el peor. Catorce bajas. Le dijeron a Li Huan que el anterior habían muerto diecinueve reclusos, y veintidós durante el más duro, hacía dos años.

A cambio, habían ingresado quince nuevos presos.

Ganaban uno.

La segunda carta de Wang Zhu, al mes siguiente, no fue ni mejor ni peor que la primera.

Li Huan se dedicó primero a leerla, sin anotar las frases que iba a censurar ni tachar nada, con tanta curiosidad como prevención, tanta vehemencia como miedo, tanto misterio como recelo.

Una lectura para absorber.

Otra para intentar comprender.

La tercera para recibir aquel torrente de luz.

Amada mía. Ante el asombro de mi mente encadenada, hoy percibo la llegada de otra primavera en la que, las flores, ajenas al devenir de la humanidad, volverán a llenar los campos de nuestras vidas. Flores tan eternas como la distancia que va del comienzo al final de los tiempos. Quizá si en el mundo hubiera flores en lugar de personas, sería un lugar mejor. ¿Recuerdas nuestra primera primavera? ¿Recuerdas mi temblor, mi timidez y mi sonrojo ante el turbador magnetismo que ejerciste sobre mí desde el instante de conocerte aquel 6 de abril? Pensaba que, al igual que la flor más bella, estarías llena de espinas. Qué equivocado estuve, ¿verdad? Me envolviste con

tu tallo y tus hojas, me abrazaste con tu aroma, me regalaste todos tus colores. Nos empeñamos en amarnos, y ahora me pregunto cuándo perdimos el resguardo de ese empeño. Aquellos sueños que comimos sin pan. Las sendas y caminos recorridos, sin siquiera un puente para atravesar los torrentes. Mi amor, no te rompas ahora con la muerte ni te dobles con la vida...

¿De qué hablaba?

Se lo gritó a la carta.

—¡Maldita sea! ¿De qué hablas?

Al terminar de leerla por tercera vez, volvió a sentir aquella rabia interior.

La misma furia.

Estaba tan desnudo ante aquellas palabras...

Si él pudiera escribirle algo parecido a Shi Lin, pero con un mínimo de sentido, para que ella lo entendiera...

Comenzó la poda.

«Ante el asombro de mi mente encadenada».

¿«Mente encadenada»?

¿Era su manera de decir que estaba preso?

¡Fuera!

Escribió la frase en la libreta y, después, la tinta negra la hizo desaparecer para siempre.

«... flores ajenas al devenir de la humanidad...».

¿Flores o disidentes?

¿«Volver a llenar los campos de sus vidas»?

¿Le tomaba por idiota?

¡Fuera!

La anotó.

La tachó.

Continuó.

«Eternas como la distancia que va del comienzo al final de los tiempos».

¡El Gran Padre dejaría un legado eterno, no habría final de los tiempos, era el comienzo de una nueva era!

¡Fuera!

La anotó.

La tachó.

Continuó.

«Cuando perdimos el resguardo de ese empeño».

Eso sí le pareció claro: hablaba de cuando habían perdido su vacía forma de vida ante el empuje de la Revolución.

¿Creía que iba a engañarle siempre?

¡Fuera!

La anotó.

La tachó.

Continuó.

«Los sueños que comimos sin pan».

¡Hoy había pan para todos! ¡La Revolución era la suma identidad de lo colectivo por encima de lo individual!

¡Fuera!

La anotó.

La tachó.

Continuó.

«No te rompas con la muerte ni te dobles con la vida».

—¡Estúpido, estúpido, estúpido! —le gritó al papel.

¿De qué diablos estaba hablando?

¿Romper? ¿Doblar?

¡Fuera!

La anotó.

La tachó.

Y continuó, continuó, continuó leyendo, anotando, tachando, hasta acabar agotado mucho después, dejando las dos caras de la hoja sembradas de tumbas negras y palabras muertas.

Y en algún momento de los siguientes minutos, se durmió.

C

13

El capitán Qun Ming acabó de leer su informe.

Lo dejó sobre la mesa.

—Minucioso —dijo.

—Gracias, camarada.

—Me pregunto por qué habrá vuelto a escribir lo mismo y de la misma forma, sabiendo que tú censurarás todo aquello que sea mínimamente sospechoso.

—Igual piensa que lo que le corto no es tanto —reflexionó Li Huan.

—¿Se lo has dicho?

—No, claro.

—Mejor, sí. Que se sienta cómodo y libre. Es más, deberías alentarlos.

—Bien, capitán.

—Dile que apenas tocas nada. Que confíe en ti.

—De acuerdo.

—Ese pequeño diablo...

—Resulta difícil creer que sea tan peligroso.

—Tuvo tiempo de hacer daño antes de que le detuviéramos. Pudo haber huido, pero el muy loco se quedó, como si él fuese un ejército. —Lanzó un prolongado suspiro—. En la capital hay pintadas con su nombre. Por más que se vigilan las calles, sus acólitos desafían al toque de queda y cada mañana

aparece alguna. Son como hormigas.

—Si se le fusilara, ¿no acabaría todo eso?

—Los líderes creen que no, y debemos respetar su criterio. ¿Un mártir? Solo nos faltaría darles una causa más para acorralarnos y estrangularnos más de lo que ya lo hacen. Por lo visto Occidente sigue presionando, y mucho. No quieren ver nuestros progresos, ni lo que hemos conseguido en estos años, la paz y la estabilidad que hoy preside el país frente a la barbarie de antes. Nuestro éxito sería ganar a Wang Zhu para la Revolución, hacerle aparecer en televisión leyendo un manifiesto, arrepentido, renegando de sus ideas. Por eso somos pacientes. Por eso sigue aquí. Y por eso tú eres ahora tan importante, Li Huan.

Tragó saliva.

Importante. Él.

Si sus padres lo supieran...

Si pudiera decírselo a Shi Lin.

—Tu informe sobre los demás presos es más suave.

Notó el ligero reproche.

—Hablan y escriben con palabras más sencillas, capitán. Dicen verde cuando quieren decir verde, no «el color de la hierba batida por el sol al llegar el rocío». No sé si me explico.

—Wang Zhu el rebelde.

—Así es, camarada.

—¿Sabes que amenazamos con matar a su esposa si no colaboraba y se negó?

—No, no lo sabía.

—Dijo que prefería tenerla siempre en el más allá y que estuviera orgullosa de él, antes que gozarla un poco más aquí y que le despreciara.

—Pues creo que la ama mucho. Al menos es lo que se desprende de sus dos cartas.

El capitán Qun Ming pareció dar por terminada la charla. Se tomó unos segundos para reflexionar en silencio, con la mirada perdida. Al comienzo le había parecido seco y arrogante, inflexible y disciplinado. De los que marcaban las distancias. Ahora que llevaba más tiempo de convivencia y,

sobre todo, de trato directo desde que era el censor del campo, las cosas eran diferentes y él se comportaba de manera mucho más accesible. Dirigir aquel lugar era una responsabilidad. Tenían a lo peor de la sociedad. Pero, a fin de cuentas, estaban tan y tan lejos de todo, tan perdidos y aislados...

—Retírate, soldado.

—Sí, camarada. —Se levantó de un salto y lo saludó marcialmente.

Abandonó el despacho y se dirigió a su pequeño teatro de operaciones. Tenía media docena de cartas que leer. Ninguna de un preso de nivel 1. Antes de llegar al pequeño cubículo, sin embargo, lo alcanzó Xi Shang.

—¡Eh, Li Huan!

Se detuvo para que su compañero de habitación le alcanzara.

—¿Qué hay?

—¡Te veo poco! —se lamentó Xi Shang—. ¡Dos noches en las que, al llegar yo, ya te has acostado, y ayer al revés! ¡Pareces todo un personaje!

—No seas patán.

—¿Vienes del puesto de mando?

—Sí.

—¿Alguna novedad?

—No.

—Pensaba que como hoy han venido unos interrogadores...

—¿Hoy?

—Sí. Creía que el capitán te había hecho llamar por ese motivo. Me lo ha dicho Kiang Sé, que te ha visto entrar en el pabellón.

—No me ha dicho nada, ni tiene por qué hacerlo.

—Claro.

—¿Se sabe por qué han venido los interrogadores?

—No. Será su visita sorpresa de rutina. Querrán machacar a algunos, a ver qué sacan. A lo mejor con esas cartas han encontrado algo.

—Tal vez. —Pensó en el informe que acababa de entregarle al capitán Qun Ming—. Pero aún es pronto para eso.

—¡La última vez dejaron la enfermería llena! —Xi Shang soltó una carcajada—. ¡El doctor Ko tuvo que hacer muchas horas extras entablillando huesos rotos y suturando ojos y labios!

Alguien le había dicho que a uno de los presos hubo que extirparle los testículos, ennegrecidos y gangrenados a causa de las patadas.

Li Huan miró el pabellón de los presos de nivel 1.

Tuvo un presentimiento.

—Tengo que hacer. —Se despidió de su amigo.

—¡Cuando te hagan cabo espero que me asignes tareas llevaderas! ¡Soy tu amigo! —siguió bromeando feliz Xi Shang.

Lo dejó atrás.

No aceleró el paso.

Eludió la zona del patio con más barro dando un rodeo y alcanzó su destino de un salto para evitar la laguna que se había formado en la entrada. Como ya era habitual, sus botas retumbaron esparciendo ecos por las vacías paredes. Los presos ya sabían reconocer a cada uno de ellos con solo oírles llegar, porque los sonidos eran distintos y los pasos diferentes. Los suyos siempre parecían pacientes, largos, carentes de prisa.

La celda uno estaba vacía.

La dos, la tres, la cuatro y la cinco albergaban a sus respectivos reclusos.

La seis seguía sin estar ocupada. Mes tras mes.

El último paso.

Wang Zhu no estaba allí, en la número siete.

Li Huan miró al guardia sentado al final de la galería.

—¿Y el preso de la siete?

Se lo confirmó.

—Lo han llevado a interrogatorio hace un rato. Si quieres hablar con él más vale que vayas luego a la enfermería. O al crematorio del campo a por sus cenizas.

No le vio hasta el día siguiente.

Al parecer, los interrogadores habían dejado a demasiados presos en la enfermería, y faltaban camas. Los que podían andar o requerían menos cuidados médicos, volvían a estar en sus celdas.

Era un hermoso día, con sol.

Li Huan lo contempló desde la reja.

Wang Zhu estaba tendido bocarriba, como un saco de patatas casi vacío dejado caer desde las alturas. Su cuerpo parecía fundirse con el jergón. Tenía el rostro masacrado, es decir, no tenía rostro. Por entre las tumoraciones y la tumefacción se adivinaban las hendiduras de los ojos, la leve protuberancia de la nariz y el sesgo horizontal de la boca. Era imposible que pudiera abrir los ojos y ver nada. La carne viva era visible a través del desollado de las mejillas, la frente y la barbilla. Por entre la boca abierta se le veían menos dientes que antes. El cuerpo no se encontraba en mejor estado. Le habían arrancado un par de uñas y roto un dedo sin molestarse de recomponérselo. El pecho aparecía lacerado por diversos segmentos cárdenos.

Y aun así, vivía.

Li Huan entró en la celda.

Era la primera vez que lo hacía.

—Wang Zhu.

No hubo respuesta.

Lo movió un poco.

—Wang Zhu, ¿puedes oírme?

El ojo derecho se entreabrió un milímetro.

El proyecto de cadáver asintió con la cabeza, muy levemente.

—¿Estás bien?

¿Qué clase de pregunta era aquella?

Se llamó imbécil a sí mismo.

A pesar de todo, el preso le respondió.

—He... est... tado... mejor.

—¿Qué ha sucedido?

Wang Zhu se encogió de hombros. Lo suficiente. Lo justo.

Le dolió igual.

—¿Puedes comer?

Dijo que no con la cabeza.

—¿Tienes hambre?

Asintió.

Li Huan salió de la celda, cogió una de las bandejas, llenó el espacio de la sopa y regresó al interior. Se sintió extraño. No era más que un paso, un pequeño paso, pero fue como dar un gran salto. El mundo entero se veía distinto desde allí adentro.

Distinto y sobrecogedor.

Él habría dicho lo que fuera por salir.

No habría aguantado ni un día.

Y más si le esperase alguien como May Lai esperaba a su esposo.

—Voy a darte la sopa. —Se sentó a su lado.

El ojo se entreabrió de nuevo.

Li Huan no supo si sonreía o era una mueca.

Cogió la cuchara, la llenó de sopa, sopló para enfriarla un poco y la acercó a los labios del preso. Nada más rozárselos, los encogió.

—¿Quema?

Otro leve gesto de asentimiento.

Volvió a soplar la cuchara. Esperó unos segundos. Lo intentó por segunda vez.

Con éxito.

Wang Zhu tragó el líquido.

La figura del soldado que hacía guardia al final de la galería se asomó por la puerta de la celda. Li Huan notó su presencia.

—¿Qué quieres? —le preguntó irritado.

—¿Qué haces? —quiso saber él.

—¿No lo ves?

—¿Por qué le das de comer como si fueras una sirvienta?

—¿Porque no podemos dejar que se muera sin que confiese sus culpas! —le gritó—. ¿O crees que los interrogadores le han dejado vivo por casualidad?

El guardia reflexionó.

Demostró lo poco que le importaba.

Hizo una mueca de aburrimiento y regresó a su puesto.
Li Huan le dio a Wang Zhu una segunda cucharada de sopa.
Con la tercera pareció recomponerse un poco.
Llegó a sonreír de verdad.
—Gracias...
—Ahorra fuerzas, las vas a necesitar.
—Ya... no volverán... hasta...
—¿Les has dicho algo?
—¿Qué... iba a decirles?
—Pero ¿por qué te resistes? ¡No eres un héroe!
Wang Zhu tragó otra cucharada.
—Estás solo contra el mundo —gruñó Li Huan hablando en voz baja.
—No... lo estoy.
—Solo y loco. ¿Acaso vivir no es lo más importante?
—Sin ideales... no. Seríamos máquinas. O... bestias.
—¿No te dice nada que una inmensa mayoría piense igual y unos pocos como tú no?
—La inmensa... mayoría obedece... por miedo.
—¡Yo no tengo miedo! —Su agitación hizo que unas gotas de sopa cayeran sobre el uniforme del preso. Exactamente sobre su número—. ¡Creo en nuestro Gran Padre, y en nuestros líderes!
—Eras niño cuando se... se produjo la Revolución... —jadeó Wang Zhu—. No has... conocido otra... cosa. No... te han de... jado.
—¡Mis padres dicen que ahora todo es mejor!
—Porque... te protegen.
—¿Tienes una explicación para todo?
—Tú no... no eres como ellos, Li Huan.
Dejó la cuchara y le mostró la porra.
—¿No? ¿Y esto qué es?
—Te... conozco. Te... lo dije una vez.
—¡No me conoces! —Seguía cuchicheando en voz baja, como un conspirador—. ¡Nadie conoce a nadie!
Wang Zhu respiró un poco, como si se ahogara o hablar tanto le agotara. No

por ello se calló.

Inquebrantable, como siempre.

—Veo... tus dieciocho años... —suspiró al límite—. Veo... tu inquietud... Tus dudas...

—¡Te repito que yo no tengo dudas!

—¿Cuántas veces... has usado... la porra... contra alguien... desde que estás... aquí?

Quedaban dos o tres cucharadas de sopa.

Li Huan dejó la bandeja en el suelo.

Sujetó al herido por los hombros, tan furioso como solía estarlo siempre cuando hablaba con él.

Pese a lo cual volvía una y otra vez.

Pero ya no pudo decirle nada.

Había perdido el conocimiento.

15

Se lo habían advertido al llegar.

Wang Zhu era como un veneno que se extendía poco a poco por el cuerpo de quien se acercara a él. Más aún: era un cáncer que lograba la metástasis perfecta, rápida y letal.

Tenía que dejar de verle.

Era suficiente con leer su carta mensual.

Suficiente.

Por la noche, Li Huan sostuvo su porra de guardia entre las manos. Los soldados tenían armas, fusiles. Los guardias porras. Y era cierto: no había golpeado con ella a ningún preso desde su llegada, al contrario que sus compañeros.

Pero ¿cómo lo sabía Wang Zhu?

¿Podía realmente ver en su interior?

¿Acaso era un mago?

Le costó dormir. Estaba en juego su vida como soldado, su carrera militar si decidía seguir en el Ejército popular, sirviendo así de forma más efectiva a la patria. ¿Y si el capitán Qun Ming también se había dado cuenta de ello, de que no golpeaba a los presos, aunque solo fuera para imponer respeto e infundirles temor?

Al día siguiente se dedicó a las cartas. No fue hasta la hora de la comida cuando Xi Shang le dijo:

—Han vuelto a llevar al 139 a la enfermería.

—¿Grave?

—Ni idea. —Su compañero se encogió de hombros—. Pero creo que echaba sangre por todos lados, por la boca, por abajo... Es un viejo testarudo. Yo creo que está poseído por el diablo. Por lo menos los interrogadores consiguieron que dos presos firmaran su renuncia al activismo antisocial y aceptaran seguir el programa de reeducación y reinserción.

—¿Dos?

—Sí.

—¿Del nivel 1?

—No. ¿Esos?

Wang Zhu seguía en la enfermería del campo, tres días después, cuando llegó la noticia.

La gran noticia.

El capitán Qun Ming les reunió a todos en el patio, alineados marcialmente. Ya era un día casi primaveral. No hacía calor, pero tampoco se notaba el frío del final del invierno. Incluso el barro se estaba secando y la vida se les hacía más fácil a todos. El jefe del campo se subió a una tarima, con el sargento Wu a sus pies y los cabos de cara a la tropa, para comunicarles algo insólito y especial.

—¡Soldados! —gritó—. ¡Os anuncio con orgullo que uno de nuestros más importantes líderes, el camarada Hu Song Tai, miembro de honor del comité del Partido que sirve a nuestro Gran Padre, vendrá a visitarnos en unos días!

—Hizo una pausa para que la buena nueva calara en ellos—. ¡Es un gran

privilegio para nosotros, para todos los que estamos aquí sirviendo día a día a la mayor gloria de nuestra joven nueva nación! ¡Y hemos de ser dignos de tal privilegio! ¡Yo os exhorto a extremar aún más vuestra dedicación y entrega, con el fin de que la visita del camarada Hu Song Tai sea un éxito y le lleve al Gran Padre la felicidad con la que le servimos! ¡Poneos manos a la obra, no descanséis, trabajad! ¡Seamos el fiel ejemplo de los valores de la patria! ¡Mantenemos aquí a los peores enemigos del Estado! ¡Es una labor dura que hacemos con encomio y dedicación! ¡Que el camarada Hu Song Tai lo vea, lo apruebe y se sienta orgulloso también de nosotros!

Todos supieron al momento que se aproximaban días duros.

Y lo fueron.

Tuvieron que multiplicar sus esfuerzos, limpiarlo todo, reparar paredes rotas, pintar lo que con el frío y la humedad se pudría cada cierto tiempo, poner maderas por las zonas más deterioradas del campo para que el camarada Hu Song Tai pudiera caminar sin mancharse las botas o una simple gota de barro se posara en su impoluto uniforme. Menos el capitán, todos arrimaron el hombro. Tanto que no llevaron a los presos a la cantera. Tanto que Li Huan se olvidó de las cartas para atender otros trabajos más urgentes. Lo único que no sabían era el día exacto. El camarada Hu Song Tai, por lo visto, estaba haciendo una gira de inspección por la zona, y el recorrido, aunque programado, no seguía un horario ni un cronograma mantenido a rajatabla. Si el camarada quería quedarse a pescar en un río una mañana, se quedaba. Si el camarada optaba por pasar una noche de más en una granja, tal vez para agradecer los favores a la granjera, lo hacía. Si el camarada bebía más vino de la cuenta en una cena y no despertaba hasta mediodía, nadie le molestaba ni le recordaba que debían seguir la ruta.

Así que el camarada Hu Song Tai llegaría cuando llegase.

Llovió copiosamente una de las noches y al día siguiente hubo que empezar de nuevo casi todos los trabajos.

Había nervios.

Muchos.

Demasiados.

La quinta noche después del anuncio, Li Huan vio cómo Xi Shang entraba en

la habitación con los nudillos machacados. Se las había lavado, ya no quedaban restos de sangre en los dedos, pero los nudillos revelaban lo que había estado haciendo.

—¿Quién ha sido? —le preguntó Li Huan.

—El maldito 72.

—¿Qué ha hecho?

—Dirigirse a mí para pedirme qué sé yo. Ni le he dejado terminar.

—¿Por qué no has empleado la porra?

—No lo sé. No he tenido tiempo. Y no deja de ser agradable hacerlo con las manos, ¿no crees? Notas cómo crujen los huesos y se rompen los cartílagos. Es una sensación diferente.

—¿Le has hecho mucho daño?

Xi Shang se encogió de hombros.

—Más guapo no le he dejado. —Sonrió.

Li Huan ya no le preguntó más. Vio cómo su compañero se acostaba y apagó la luz. Quedó tendido en la cama, con las manos por detrás de la cabeza, escrutando la oscuridad. De noche, el silencio podía sobrecoger, porque era un silencio falso. Les rodeaban doscientos hombres callados a la fuerza. Doscientas vidas que pendían de un hilo o del estado de ánimo de un guardia como Xi Shang, que golpeaba a un recluso por atreverse a hacerle una pregunta.

Li Huan cerró los ojos.

Apretó las mandíbulas.

¿Qué le estaba sucediendo?

¿Por qué pensaba tanto?

¡Era un soldado, tenía que limitarse a cumplir órdenes!

Pero ahora, además, leía las cartas de aquellos traidores.

Cartas que mostraban su lado humano.

—Xi Shang —musitó.

—¿Qué? —Arrastró la palabra el aludido al ser arrancado del principio de su sueño.

—¿Has golpeado al 72 porque le odiabas personalmente o ha sido él como hubiera podido ser otro cualquiera?

La respuesta tardó en llegar.

—¡Y yo qué sé! —rezongó su compañero—. ¿Qué más da?

—Es distinto.

—En ese momento he querido... aplastarle. Eso es todo. Ha sido un pronto.

—¿Un pronto?

—¡Sí, un pronto! ¡Quieres dormir de una vez, pesado! ¿Ha de haber una razón para todo?

Una razón para todo.

No, la única razón era la más simple: desde que estaba allí, empezaba a entender que, para la mayoría, había un extraño placer en golpear a un ser humano, y más si ese ser humano estaba indefenso, humillado y era un enemigo al que no se podía vencer con las armas, sino con la razón de las palabras.

Palabras de las que carecía Xi Shang.

Palabras de las que carecían todos.

Para la bestia que todo ser humano llevaba dentro, la violencia era algo terrible y bello a la vez, porque podía odiarse de muchas formas y por muchas razones. Miedo, diferencia... Sí, la violencia era bella porque daba poder al que la ejercía. Un poder necesario allí, donde los presos seguían creyéndose superiores.

Cuanto peor estaban, cuanto más humillados, más orgullosos se sentían de su tenacidad y capacidad de resistencia.

Esa era su victoria.

Y para los Xi Shang del campo, o del mundo entero, lo único que quedaba era aquello.

Por primera vez en mucho, muchísimo tiempo, Li Huan se sintió perdido.

Con ganas de llorar.

El camarada Hu Song Tai todavía tardó otros tres días en llegar.

Llovió dos noches más. Limpiaron el campo dos veces. Repararon tablas y maderas dos veces. Pintaron dos veces. Aun así, quedaba mucho barro entre los barracones la mañana en que la avanzadilla de la comitiva llegó para anunciar que el ilustre visitante estaba de camino y aparecería en un par de horas.

Todos se emplearon en un frenético ir y venir rebotando de nervios. Los presos ya habían sido advertidos: si el camarada visitante entraba en cualquiera de los barracones, ellos tenían que estar en pie, en mitad de sus celdas, firmes, o las consecuencias serían implacables. Consecuencias que podían ir desde ser confinados en las celdas de aislamiento hasta la muerte.

—Li Huan, como censor del campo, nos acompañarás al sargento mayor y a mí en el recorrido por las instalaciones. ¡Prepárate!

Se quedó mirando al capitán Qun Ming como si acabara de anunciarle el fin del mundo. ¿Por qué se lo decía a última hora? Sus compañeros le miraron a él. Era un simple soldado, como ellos, pero se sintió como si ya llevara galones.

Xi Shang le guiñó un ojo.

Decían que era un vicio occidental y se burlaban de ello.

La tropa llevaba formada media hora al sol cuando aparecieron los coches por la senda que conducía a la entrada del campo. Eran nueve. Todo un séquito. Y por delante, dos motos con sidecar. Se detuvieron en medio de una nube de polvo y hasta que no menguó no se abrió la puerta del vehículo principal, el quinto. Justo el del centro de la comitiva. Un enjambre de adláteres precedió, rodeó y protegió al supremo visitante, que embutido en un uniforme de militar, aunque sin rasgos distintivos, dio los primeros pasos por la entrada. El capitán Qun Ming, con el sargento Wu y Li Huan dos metros por detrás, le dio la bienvenida, loando lo importante y trascendente que era su presencia allí, algo que demostraba la intensa preocupación del Partido por todos ellos.

El camarada Hu Song Tai agradeció sus palabras, pero la forma en que miró el campo no fue precisamente feliz.

Cabría pensar que hubiera preferido estar pescando o agradeciéndole algo a

una granjera.

Después, pasaron revista a la tropa y entraron, en primer lugar, en el puesto de mando.

Li Huan no apartaba los ojos del visitante. Era joven. No tendría más allá de treinta años. Posiblemente menos. Llevaba el mismo corte de pelo que la clase dirigente, ya que estaba reservado en exclusiva a ellos, y se le notaban las alzas en sus botas, porque no era precisamente alto. El sargento Wu fue el primero en tratar de encogerse para que no tuviera que levantar la cabeza si se dirigía a él.

Pero no lo hizo.

Qun Ming era el oficial al mando, y por lo tanto, el único interlocutor válido.

A los diez minutos ya notaron que el camarada Hu Song Tai lo que más deseaba era irse cuanto antes.

—Quiero visitar el pabellón de los presos de nivel 1 —pidió.

La comitiva se puso en marcha. Las tablas dispuestas sobre el barro no eran muy anchas, así que, como mucho, podían caminar dos personas juntas. El capitán le hizo una seña a Li Huan para que les precediera. Le tocaba abrir las puertas. Los acompañantes del joven líder empezaron a darse codazos para situarse lo más cerca que pudieran de él. Para su disgusto y horror, un par se vieron obligados a poner un pie en el barro. Finalmente, apretados en bloque, se acomodaron por la angosta senda de madera.

Li Huan escuchó las preguntas que el camarada visitante le formulaba al capitán.

«¿Qué número de muertos se producen al mes?», «¿Cuántos arrepentidos en el último año?», «¿Cuántos presos en proceso de reeducación?», «¿Hay que emplear mucha mano dura con esos traidores?». El capitán Qun Ming le respondió con precisión. Datos exactos. El hombre más poderoso que había estado allí no dijo nada, ni a favor ni en contra. Se quedó con la información, como si visitara una fábrica de jabones y le hablaran del número de pastillas disponibles al día. Su rostro era una máscara impenetrable.

Li Huan abrió la puerta principal del pabellón.

Hizo el suficiente ruido como para que los presos supieran que estaban allí y se pusieran en pie.

Por primera vez pensó en Wang Zhu.

Ya había salido de la enfermería, pero al parecer seguía muy débil.

El camarada Hu Song Tai pasó por delante de la celda número uno.

La dos.

La tres.

No se detuvo. Ni lo hizo en las tres siguientes, hasta que llegó a la siete.

Wang Zhu estaba de pie, en el centro, con las manos por detrás. Su aspecto, aun siendo deplorable, no era tan malo como cabía esperar. Lejos de tener la vista baja, fija en el suelo, como los presos que acababan de ver, miraba al frente.

No con desafío.

Solo con naturalidad.

El camarada Hu Song Tai se detuvo al otro lado de la reja.

Li Huan, el capitán, el sargento, todos contuvieron el aliento.

¿Por qué se paraba allí?

¿Por qué, precisamente, ante el recluso más inquietante del campo?

La respuesta llegó cuando el visitante hizo aquella pregunta.

—¿Cómo estás, Wang Zhu?

El preso se limitó a sonreír.

Qun Ming lanzó una rápida mirada a Li Huan.

En cuanto hizo el gesto de sacar la porra, para golpear los barrotes o entrar en la celda, Hu Song Tai lo evitó.

Levantó la mano.

—Me dijeron que estabas aquí —siguió hablando el joven líder—. Sentía curiosidad, ¿sabes?

—La última vez que nos vimos fue diferente. —Rompió su silencio Wang Zhu.

—Tus clases eran peligrosas. Discutíamos por ello.

—Sí, solíamos hacerlo.

—Es curioso. —Hu Song Tai se acercó a la reja hasta quedar a menos de un palmo de ella. Parecía no importarle el hedor que fluía del interior—. Me ayudaste a ver el camino. Justo el inverso del que predicabas.

—Yo no predicaba.

—Oh, sí lo hacías, viejo maestro. Tú no dabas clases: formabas un ejército.

—Un ejército de pensadores.

—Todos libres, ¿verdad? Todos aportando ideas, discutiéndolas, perdiendo el tiempo entre razones absurdas.

—Yo tenía fe en ti.

—Bueno, tú me hiciste fuerte.

—Así que me equivoqué.

—No te guardo rencor, al contrario. Me abriste los ojos.

—No de la forma que quería.

Hu Song Tai calló unos segundos. Miraba detenidamente a su interlocutor. Estudiaba los restos de la última paliza. No transmitía emoción alguna, ni felicidad ni odio. Seguía siendo una máscara inalterable.

—Sabes que puedo hacer que te maten, ¿verdad?

—Sí.

—¿Crees que vale la pena?

—¿Morir? No lo sé.

—Me refería a tu resistencia.

—Estuviste en mis clases. Sabes qué y cómo pienso.

—Sentiría admiración por tu tenacidad si no me superara la lástima que me inspiras. ¿Y tu esposa?

—No lo sé. No he tenido noticias tuyas.

—Creía que podíais enviar y recibir cartas.

—Las censuran.

La segunda pausa fue más larga. Por detrás del camarada, la comitiva se mantenía quieta, inmóvil. Un bloque compacto. Todos pendientes de las palabras, los gestos o las reacciones del líder.

—¿Cómo se comporta este hombre? —Hu Song Tai se dirigió a Li Huan.

—Bien, camarada.

—¿Bien? —Pareció dudar.

—Bueno, no causa problemas —dijo Li Huan.

El silencio fue extraño.

Los ojos del capitán reflejaban horror.

Los del ilustre visitante desconcierto.

—¿No causa problemas? —repitió Hu Song Tai, despacio—. Dado su aspecto, no lo parece. Y siendo quien es, se hace difícil de creer. Más bien pienso que él es un problema, ¿verdad?

—Sí, camarada —afirmó Li Huan—. Sé que no me he expresado bien.

El hombre del Partido volvió a mirar a Wang Zhu.

Impasible.

—No creo que vuelva a verte —le dijo.

El preso asintió con la cabeza.

Todos creyeron que iba a decir algo más.

No fue así.

Hu Song Tai dio media vuelta y enfiló el camino de regreso, del pabellón, del patio, del campo.

17

La comitiva de coches todavía era visible en medio de la nube de polvo que provocaba su marcha, cuando el capitán Qun Ming ya le estaba gritando, fuera de sí.

—¿Que no causa problemas? ¿Que se porta bien? ¿Estás loco? ¿Qué clase de respuestas han sido esas? ¡Hablamos del maldito Wang Zhu!

No supo qué decir. Y por el aspecto de su superior, mejor no decir nada.

—¡El camarada Hu Song Tai me ha felicitado por nuestra labor, a pesar de tu imprudencia! ¡Vete a tu habitación Li Huan! ¡Quedas arrestado una semana!

No se detuvo hasta llegar a ella.

Cerró la puerta y dejó de temblar.

Todo había sido muy rápido. Demasiado rápido. La sorpresa ante el hecho de que ellos se conocieran, y más aún, de que el todopoderoso Hu Song Tai hubiera sido alumno del viejo profesor...

Increíble.

Li Huan se dejó caer sobre la cama.

Una semana bajo arresto.

Pasó el primer día leyendo el Libro Único.

Necesitaba reforzar y reavivar sus convicciones.

Absorbió las palabras, tan distintas a las que él censuraba de las cartas de los presos, y en especial de Wang Zhu. Palabras como «colectividad», «socialización», «Partido», «lucha», «entrega», «unidad», «fuerza», «enemigos», «radicalización», «bien común», «mayoría»...

Pero el segundo día lo que hizo fue leer las frases y las palabras censuradas en las cartas de Wang Zhu, anotadas en su libreta.

Era extraño.

Aun siendo frases inconexas una vez desgajadas del texto principal, formaban poemas.

Poemas hermosos.

Poemas prohibidos.

La poesía había sido declarada enemiga del Estado.

Así que, sin pretenderlo, él se acababa de convertir en un enemigo del Estado.

Estuvo a punto de destruir la libreta.

No pudo.

No lo hizo.

El tercer día volvió al Libro Único.

Por la noche, Xi Shang le decía una y otra vez que estaba loco, que tuviera cuidado.

Pero seguía siendo el censor del campo.

Al cuarto día le hicieron llegar más cartas. Una de ellas era de May Lai, la esposa de Wang Zhu, tan censurada como la primera. Pensó que no valía la pena llevársela.

Luego decidió que sí.

¿La dejaban libre para torturar y presionar más a su marido?

A veces le costaba entender los subterfugios del poder.

Las mil y una formas de aniquilación de una voluntad humana.

El último día de su castigo le trajeron la nueva carta de Wang Zhu.

La tercera.

Y esta vez se sorprendió todavía más.

Porque era un poema.

D

18

Leyó tantas veces aquel poema que acabaron doliéndole los ojos, pero más la cabeza, y mucho más la razón.

¿Qué pretendía Wang Zhu?

¡La poesía estaba prohibida!

¿Quería que le censurase todo aquello?

Entonces, ¿por qué lo había escrito?

¿Para provocarle?

¿Para que lo leyera... él?

Tan irritado como fascinado, volvió a escribir en la libreta las frases que se disponía a cortar, buscando mil razones ocultas para hacerlo. Frases absurdas, pero cargadas de una irresistible fuerza. Frases que eran como bombas mentales. Frases llenas de aquella decadente belleza que no dejaba de atraparle. Wang Zhu hablaba de «entrar en ti sin llamar a la puerta», decía algo tan obvio como que «una mentira repetida mil veces jamás podrá llegar a ser una verdad», y rizaba el rizo al manifestar que «cuando los hombres ven que los tiovivos solo dan vueltas en círculos, se bajan de ellos».

¿Cuánto había de subversivo en eso?

¿Todo? ¿Nada?

Escribir un poema ya era subversivo!

Dejó apenas media docena de líneas, las más simples. Incluso tapó los

huecos no escritos de la hoja de papel, para que no pareciera un poema, sino una carta.

Cuando la introdujo en el sobre y escribió las señas de May Lai, se preguntó, una vez más, cómo sería la esposa de Wang Zhu. Qué clase de mujer. Qué clase de compañera.

Y sin darse cuenta pensó en su madre.

Y en su padre.

¿Por qué no les escribía?

La carta de Wang Zhu a su mujer le pesaba en la mano.

La libreta sobre la mesa.

Él, Li Huan, tenía poder sobre las palabras.

Recordó una frase: «Se mata a una persona, pero lo que ha dicho, sobrevive».

¿Cómo sobreviviría el pensamiento, lo que hubiera dicho o lo que hubiera escrito Wang Zhu, si desaparecía de la faz de la tierra y todas aquellas cartas, las últimas de su vida, llegaban sepultadas por la censura?

El Partido ya había borrado su presencia en la vida del país, aniquilando su memoria.

Y él, allí, con su tinta negra y su voluntad, le daba la puntilla.

No, nadie sabría que Wang Zhu había existido.

Y sin embargo...

Siguió sentado tras la mesa, con el vértigo de sus pensamientos desarbolándole por completo, sin entender por qué estaba así, por qué se sentía así.

Volvió a evocar la figura de sus padres.

El Libro Único lo decía bien claro: la familia estaba sobrevalorada. La familia real, la verdadera, era el Estado, todos, y el Partido, y el Gran Padre. Si les escribía una carta a los suyos, ¿no sería un signo de debilidad? ¿Acaso no les diría que estaba bien y les preguntaría cómo estaban ellos? ¿Acaso no querría saber algo de Shi Lin? ¿Importaba mucho todo eso? Si su padre estaba enfermo, ¿no le produciría inquietud, y la inquietud iría en contra de su deber?

De pronto se tensó.

Pensó algo más.

¿Le censurarían a él las cartas?

¿Por qué no? Servía en el peor de los lugares, con la hez de la sociedad, con los más perversos traidores a la patria: los intelectuales. Aun sin pretenderlo, podía cometer un desliz, un error, hablar de un preso, facilitar una información reservada...

No, no era una paranoia.

Era demasiado importante.

Él, Li Huan, era importante.

Se le antojó dantesco.

Tanto que le estalló la cabeza.

Literalmente.

Por eso cuando entró Xi Shang en la habitación y se lo encontró riendo y llorando a la vez, tuvieron que llevarle a la enfermería.

«Fatiga», dijo el médico.

Su semana de arresto acababa de terminar.

19

La primavera se adelantaba.

Y era hermosa.

Alrededor del campo, recortado igual que un muro envolvente, el bosque resplandecía, y bajo el aire puro, limpio, las bandadas de pájaros se habían multiplicado hasta tachonar el cielo de manchas móviles que danzaban de aquí para allá formando un imaginario *ballet*. Incluso había mariposas. Su vuelo errático era opuesto al de las nubes, que desfilaban con lentitud en el cielo, formándose y transformándose con perezosa lasitud. La planicie arbolada se extendía como un manto sin fin. No se veían las montañas. La sensación de olvido y lejanía no era muy distinta a la del invierno, aunque sí resultaba diferente.

El preso 139 volvía a mirar por la ventana.

Movió la cabeza al escuchar sus pasos deteniéndose delante de la reja de la celda.

Fue el primero en hablar.

—¿Dónde estabas?

—Tenía trabajo —mintió Li Huan.

—¿Te arrestaron?

—¿Por qué iban a hacerlo? —se molestó.

—A tu capitán no le gustó que dijeras que yo no causaba problemas.

—Sigues imaginando cosas.

—Sea como sea, lo siento.

—¿Tú lo sientes?

—¿Te cuesta creerlo?

—Sí.

—Bien. —Wang Zhu subió y bajó los hombros dando por finalizado el tema.

Li Huan no se movió.

La curiosidad era ahora mayor que la prudencia.

—¿No te extrañó ver a un antiguo alumno tuyo convertido en alguien tan importante?

—No, ¿por qué habría de extrañarme? Hu Song Tai era inteligente.

—¿Lo admites?

—Claro.

—Entonces también admites tu fracaso.

—¿Porque hizo lo contrario de lo que yo trataba de enseñarle? No, no es un fracaso.

—Yo no lo veo así.

—Fíjate en una moneda. —Se acercó a la reja—. Tiene dos caras opuestas. Nunca se ven. Y sin embargo forman parte de la misma realidad. Una no existiría sin la otra.

—No entiendo lo que quieres decir.

—Si plantas una semilla desconocida en una tierra fértil, lo que crezca puede tardar un día, una semana, un mes o un año. Depende de la clase de semilla que sea. Lo mismo sucede con las personas. La enseñanza depende de

cómo se la tome cada cual. Hu Song Tai escogió su camino. O más bien la Revolución le encontró cuando ni siquiera lo había empezado. Decidió aferrarse a lo más conveniente.

Li Huan no supo qué contestar.

Su mente no era tan rápida.

—¿Qué habrías hecho en el caso de imaginar que él acabaría siendo tan importante y tan opuesto a tu forma de pensar?

—Nada.

—¿Nada?

—Respetar sus ideas. ¿Sabes qué es la democracia, Li Huan?

—Un sistema de gobierno fallido. —Ignoró el hecho de que le llamara por su nombre insistentemente, con familiaridad.

—Un sistema que permite que cada ser humano se exprese con libertad. Tanto es así que un demócrata moriría a manos de un verdugo después de mantener su derecho a serlo.

—Qué estupidez.

—¿Por qué?

—¿Sabes que un hombre te va a matar, y defiendes su opción?

—Llevado a un extremo radical, sí. La democracia es el poder del pueblo. La dictadura es el poder de uno, o de unos pocos.

—Alguien tiene que mandar. El capitán en el barco, el general en el Ejército, el líder al frente del pueblo.

Wang Zhu se cruzó de brazos.

—¿De verdad quieres discutir acerca de eso?

—No —dijo Li Huan.

—Lo imaginaba.

—Trato de entender, pero no puedo. Cuanto más te veo, más sé lo equivocado que estás.

—¿Así que esto sirve para reafirmarte en tus convicciones?

—Sí.

—¿Sin dudas?

—Sin dudas.

—¿Entonces por qué vienes a verme, y por qué hablamos desde océanos tan

lejanos?

—¿Océanos?

—A ambos lados de la reja.

—¿Y por qué no puedes decir eso? ¿Por qué has de hablar de océanos cuando solo se trata de unos barrotes y tú y yo estamos a un par de metros de distancia? ¿Por qué has de convertirlo todo en algo extravagante?

—Porque el lenguaje es bello, y porque si tú estás seguro de tus convicciones y yo de las mías, lo que nos separa es eso, un océano, un abismo.

—Vengo a verte porque me asombra lo terco que eres.

—¿Como ir al zoo a ver a un león enjaulado?

—¿Qué quieres decir?

—Olvídalo. No era un buen ejemplo. —Wang Zhu se sentó en la cama.

—Tú no eres un león, preso 139. —Intentó que su voz reflejara el desprecio que sentía—. Deberías estar en un manicomio, no aquí. ¿Por qué escribiste ese poema?

—No lo sé. Me salió.

—¡La poesía está prohibida! ¡Era una provocación!

—Así que has destruido mi carta —manifestó con un enorme dolor.

—Han quedado unas pocas líneas.

—¿Cuáles?

—No lo recuerdo.

—Sí, sí lo recuerdas, y más las que has censurado, o no me hablarías de ello.

—¡Maldita sea! ¿Por qué crees saberlo todo? ¿Cómo voy a recordar un montón de tonterías sin sentido? ¡Tenía que haberle dado el poema al capitán!

—Y no lo has hecho.

—No.

—Entonces esas palabras no se han perdido para siempre.

—¡Claro que se han perdido!

—Yo creo que están en tu cabeza.

—De acuerdo, ¿qué significa que quieras «entrar en ella sin llamar a la puerta»?

—¿No lo entiendes?

—¡No!

—Él le está diciendo a ella que quiere amarla, poseerla, hacer el amor, pero sin tener que pedirselo, sin necesidad de rogarlo como si fuera una limosna.

—¡Pero ese poema era para tu esposa!

—Un poema es para todo aquel que lo lea, no necesariamente para una persona en concreto. Aunque sí, le decía a mi mujer que la necesito, y que me gustaría estar en su cama, sin más, sin que me abriera la puerta como a un extraño después de tantos años separados.

—¿Y no te parece absurda tanta retórica para decir algo tan simple?

—¿Quieres más simpleza que resumirlo todo en esa frase?

Li Huan apretó las mandíbulas.

Y los puños.

¿De qué le servía llevar una porra?

Quería irse.

Quería quedarse.

A veces se preguntaba si los demás presos les oían.

Ninguno hablaba.

Li Huan buscó la forma de hacerle daño, decir algo que le molestara, pero se quedó vacío.

Y fue entonces cuando sonó la alarma.

La sirena del campo.

El alarido brutal que significaba que algo malo acababa de suceder.

20

El capitán Qun Ming los reunió a todos en la galería, frente a la celda del preso que se había colgado haciendo un rudimentario nudo con su propia ropa atada al barrote de la ventana. El hombre seguía allí, sin que nadie lo descolgara, con la cabeza caída a un lado y la grotesca posición en la que

había quedado su cuerpo. Los soldados se apelotonaron pegándose unos a otros, mirando el cadáver atónitos y asustados, tal y como quería su superior.

Qun Ming estaba rojo por la ira.

Que un preso se suicidara era una afrenta para todos ellos, para el Sistema, para la Revolución, la única dueña de sus vidas. El suicidio era una victoria para el muerto. Le hurtaba al Estado la posibilidad del castigo. Además, era la salida fácil, un triunfo para el preso que lo conseguía. Evitarlo era parte del deber de cualquiera de los guardias.

Li Huan miró a Xi Shang, porque eran sus presos y aquel era su horario.

Su compañero estaba pálido.

—¡Mirad bien esto! —aulló Qun Ming—. ¡Miradlo y aprended! ¿Cuáles son las directrices principales de vuestro cometido carcelario?

—¡Vigilancia, prevención, mano dura y fuerza! —corearon a una los soldados.

El capitán se movió por la celda como un perro enjaulado. Al otro lado de la reja, los hombres mantenían su apretada masa sin que a ninguno se le ocurriera pasar desapercibido.

De pronto, Qun Ming se volvió hacia el muerto y le escupió.

Después se llevó una mano al cinto, extrajo su pistola y le descerrajó un tiro en la frente.

A modo de juicio sumarísimo.

El cadáver todavía estaba caliente. La muerte era muy reciente. La sangre salpicó la pared tras la nuca del doblemente fallecido.

El oficial se volvió hacia ellos.

—¿Quién era el responsable de este pabellón en el instante de la muerte de esta cucaracha? —preguntó sin guardar su arma.

—¡Soldado Xi Shang! —tronó la voz del sargento Wu.

El compañero de Li Huan dio un paso al frente y se cuadró con marcialidad. Lo único que se movió de él fue la nuez de su garganta, al tragar saliva un par de veces, porque por lo visto no conseguía bajar el nudo formado en ella. Todo su miedo se reflejaba en los ojos, aunque miraba en dirección a ninguna parte.

El capitán se detuvo ante él.

Levantó la pistola y se la incrustó debajo de la barbilla.

La nuez subió y bajó por tercera vez.

—¿Dónde estabas, soldado Xi Shang? —preguntó sin alzar la voz.

—Ori... nando, capitán.

—¿Orinando?

—Sí... camarada.

—¿Una urgencia?

—Sí... camarada.

—¿Tardas mucho en orinar, soldado Xi Shang?

—No, mi... capitán.

—¿Tardas menos en orinar que un preso en morir por su mano?

No hubo respuesta.

El cañón de la pistola se incrustó un poco más en la sotabarba del soldado.

La sangre del preso suicidado manchaba ya la pared de la celda, otorgándole un inesperado y vivo color rojo.

El capitán Qun Ming se guardó la pistola.

—¡Sargento Wu! —Fue su única orden.

No hacía falta más.

Todos sabían lo que iba a pasar y cómo iba a pasar.

El capitán fue el primero en abandonar la galería y el pabellón, bajo el peso de su ira. El sargento Wu, sujetando a un desmoronado Xi Shang, siguió sus pasos. El grueso de los soldados fue tras ellos, con Li Huan en primera fila, dando codazos para no verse relegado a la parte de atrás. De todas formas, en el patio se desplegaron formando un abanico.

El reglamento del campo exigía que todos fueran testigos de aquello, salvo los que hicieran guardia en los respectivos pabellones.

El sargento Wu puso a Xi Shang de espaldas a sus compañeros. No le desabrochó la guerrera. Se la arrancó. Cuando el torso del soldado quedó desguarnecido no tuvo que aguardar más allá de diez segundos.

El soldado que había ido a buscar el látigo llegó a la carrera con él.

Wu lo cogió y miró a su superior.

El capitán movió una sola vez la cabeza de arriba abajo.

Y el látigo restalló, primero en el aire, después en la espalda de Xi Shang.

Li Huan cerró los ojos.

—Si te pillan sin mirar será peor —le previno alguien a su lado.

Alguien que sabía que el castigado era su compañero.

Volvió a abrir los ojos.

El primer latigazo había dejado un sesgo rojo sobre la blanca carne de Xi Shang. El segundo creó un surco paralelo, como si se tratara de dos vías de tren. El tercero las cruzó a ambas. Los siguientes empezaron a confundirse entre sí.

Si el torturado doblaba las rodillas, era peor.

Si caía...

El castigo tenía que soportarse de pie.

Como un soldado.

Como un hombre.

Li Huan contó mentalmente los latigazos. Cinco. Diez. Wu miró al capitán Qun Ming. Diez era el número mínimo. Pero para una falta grave. El suicidio de un preso era más que eso.

Con el latigazo número doce, Xi Shang estuvo a punto de caer.

Con el trece se mantuvo en pie a duras penas.

Con el catorce se vino abajo.

Pero todavía no se había desvanecido, cayendo a cámara lenta, cuando el número quince lo sepultó en el olvido.

21

La carta de sus padres llegó el mismo día en que Xi Shang salió de la enfermería.

Con ella en las manos, sorprendido, mitad feliz mitad preocupado, se dirigió a su habitación. Al entrar se encontró a su compañero en la cama y no pudo abrirla.

—¡Xi Shang!

El herido le miró con semblante triste. Tenía vendado el pecho y estaba aún más pálido de lo normal. Había adelgazado. Ojos hundidos, mejillas hundidas, labios cortados, el escaso cabello alborotado. Hacía calor, un calor excesivo para ser primavera, así que estaba tumbado bocarriba, sin tapar. Li Huan se sentó a su lado, con la carta guardada en el bolsillo.

—¿Qué hay? —musitó Xi Shang.

—¿Cómo te encuentras?

—Como si me hubiera pasado por encima todo nuestro ejército en el desfile del Día de la Victoria, caballos y tanques incluidos.

—Te portaste como un valiente, aguantaste de pie hasta el último latigazo — quiso animarle Li Huan—. Todo el campo habla de eso.

—Tenía que pasarme a mí. —Pareció a punto de llorar.

—¡Fue un accidente! ¡Le habría podido suceder a cualquiera! ¡Todos hemos salido de un pabellón por una necesidad urgente!

—No, ese hijo de puta lo hizo aposta, se mató para culparme, para que me castigaran. Me la tenía tan jurada como yo a él.

—¿Piensas que se suicidó para fastidiarte?

—Pues claro.

—¿No es un poco drástico?

—Todos van a morir aquí, y lo saben. Eso es lo malo. No les queda nada, salvo su resistencia y tratar de complicarnos la vida lo más que puedan. Desde la última vez que le golpeé, estuvo esperando el momento oportuno. Incluso me lo dijo.

—¿Qué te dijo?

—Que su muerte me dejaría huellas. No huella, no. Huellas. En plural. Sabía muy bien el castigo que caería sobre mí si... —Apretó los puños con rabia—. ¡Tengo la espalda convertida en una corteza de árbol por su culpa! ¡Viviré siempre con esas marcas! ¡Ni siquiera podré sentir la caricia de una mujer!

—Pero estás vivo, y él no. No lo olvides.

Los ojos de Xi Shang se iluminaron por el brillo de las lágrimas que trataba de retener.

—Li Huan...

—¿Qué?

—Esto ha sido... un aviso, ¿entiendes? Más aún: una declaración de guerra.

—Respiró con fuerza para poder seguir hablando—. Se trata de ellos o nosotros. Ya no puede haber piedad. Si es que antes existía algo de eso, ahora ya no. Imposible. No son más que bestias. Voy a machacarles, amigo mío. Voy a hacerles la vida imposible, hasta que mueran en la enfermería o acepten la reeducación. Yo... les mataré uno a uno, ¿entiendes? Esto ha sido...

—Cálmate.

—¡No quiero calmarme! —dijo con el rostro desencajado—. ¡Todos son enemigos del pueblo! ¡Desde ahora será mi porra la que hable con ellos!

—No puedes vengarte en todos los demás.

—¿Vengarme? —Le cogió por el brazo con una fuerza fuera de lo común en su estado y le atravesó con la mirada—. ¿Quién habla de venganza? ¡Esto es justicia! ¡Todos son iguales! ¡Bestias, bestias, bestias! ¿Qué honor hay en vivir así, como viven, con sus cabezas llenas de ideas subversivas y su falsa superioridad moral? ¡El Sistema es demasiado benevolente! ¡Nosotros somos hijos del Gran Padre, no esos rebeldes! ¿Qué espera de ellos? ¡No van a rendirse! ¡Esto es una pérdida de tiempo! ¡Deberían estar todos muertos, sin excepción, aplastados como ratas!

Se dejó caer hacia atrás, exhausto después de su vehemencia. La mano perdió fuerza y dejó de asirle. Por un momento se meció igual que un árbol a punto de caer.

Li Huan se la sujetó.

Ya no era Xi Shang, su compañero.

Era otro.

Y supo que jamás volvería a ser el que había sido.

—Vamos, descansa.

—Si supieras cómo duele...

—Lo imagino. Por eso necesitas reposo. Vamos, amigo.

Amigo.

Su compañero cerró los ojos.

Li Huan esperó unos minutos.

Suficientes.

Luego se levantó, se sentó en su cama, aproximó la carta de sus padres a la luz y abrió el sobre.

Nadie la había censurado.

Nadie parecía haberla leído.

Querido hijo. Ha pasado mucho tiempo desde que te fuiste, y podemos imaginar lo ocupado que estarás en tus nobles tareas. Por esta razón te escribimos, para decirte que estamos bien y no has de preocuparte por nosotros. Seguimos felices por tu honor militar. Felices y orgullosos de tener un hijo que sirve al Estado, al Partido y al Gran Padre. Tu hermano está ansioso por seguir tus pasos.

Li Huan, sabemos que es pronto, pero queremos que sepas que te hemos buscado una esposa para cuando termines tu servicio. Es una muchacha conveniente, agraciada, tercera hija de un inspector militar de relevancia en nuestro Partido Provincial. Se llama Huaysí y acaba de ser premiada en los Juegos de Primavera por sus buenas dotes y aptitudes deportivas. Ella tiene ahora quince años, por lo cual su edad será la idónea en el momento de tu vuelta a casa. Esperamos que estés de acuerdo con nuestra elección, que ha sido sabia y mesurada.

Confiamos en verte pronto, hijo.

Tus padres.

Dobló la hoja de papel y volvió a introducirla en el sobre.

Nada de Shi Lin.

Silencio.

Por lo demás, noticias felices. Ninguna preocupación. La vida en el Paraíso era única. Incluso le habían buscado una «esposa conveniente».

Li Huan miró a Xi Shang.

Se había quedado dormido.

Cuando despertara, cuando volviera al trabajo, ya no sería sino una máquina de matar, alimentada por el odio.

Ahora, las celdas seis y ocho estaban vacías.

En medio, la siete, más aislada.

Wang Zhu y su ventana.

Los pájaros.

Desde el suicidio, los guardias ya no se contentaban con estar sentados en las galerías o corredores, indolentes, quemando las horas hasta su relevo. De pronto caminaban, arriba y abajo, sin perder de vista a los presos. Las celdas habían sido inspeccionadas exhaustivamente. Las ropas examinadas. Cualquier precaución volvía a ser poca. El capitán Qun Ming les había acusado de haber bajado la guardia en las últimas semanas. Las vidas de todos, reos y soldados, dependían del Estado, no de sí mismos.

Li Huan se detuvo frente a la reja.

El preso 139 se quedó mirándole.

Llegó la pregunta.

—¿Cómo conociste a tu esposa?

Wang Zhu mostró su sorpresa.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Curiosidad.

—¿Estás enamorado, Li Huan?

—Eso a ti no te importa. Responde.

—¿Y por qué te importa a ti saber lo mío?

—¡Responde!

El preso sonrió como solía hacer a veces. Li Huan le ignoró. Cuando sonreía, aparecía una condescendencia que le molestaba.

Le podía más la curiosidad, sí.

Wang Zhu pareció buscar las palabras en el interior de su corazón y la escena en lo más profundo de su mente. Su expresión se dulcificó.

Armónica.

—Fue una tarde de primavera, como esta.

—¿Por qué siempre se relaciona la primavera con el amor?

—Es la estación más hermosa. Cuando la vida florece de nuevo.

—¿Qué pasó?

—May Lai caminaba por el parque de Shingu con una amiga. Tenía diecisiete años. A pesar de su uniforme escolar, que la aniñaba, ya era una mujer, un ángel de rostro puro, ojos limpios. Yo también estudiaba, en la universidad. Tenía veinte años. Aquel día nos manifestamos exigiendo mejoras educativas...

—¿Te manifestabas?

—Sí.

—¿Lo ves? ¡Una manifestación! ¡Una muestra de descontento! ¡Ya no suceden esas cosas, no hay manifestaciones porque ahora todo es perfecto!

—No hay manifestaciones porque están prohibidas.

—¡No! —insistió—. ¡No las hay porque no tendrían sentido!

—En aquellos años tenían sentido, y aunque tampoco eran lo que se dice legales, era lo único que podíamos hacer para intentar cambiar las cosas.

—¿Lo conseguisteis?

—Sí.

—De acuerdo, sigue.

—Vi a May Lai cuando nos manifestábamos. Ella también se fijó en mí. Fue apenas una mirada compartida, un instante, pero bastó. Amor a primera vista. Recuerdo que pensé que si pudiera conocerla... Se me antojó un sueño. Y no podía dejar a mis compañeros, claro. Continuamos manifestándonos y entonces apareció la policía, mucho antes de lo previsto, como si nos esperaran. Nosotros éramos unos doscientos. Ellos casi otros tantos. Habían estudiado el terreno y nos acorralaron en la parte sur del parque, la que da al río. El enfrentamiento duró muy poco porque enseguida nos dispararon gases y cargaron con sus porras. No tuvimos más remedio que dispersarnos, tratando de escapar por entre el caos y las nubes de los gases que nos envolvían. A los que detenían y les acusaban de algo, a veces les expulsaban de la universidad. Entonces tuve suerte, o fue cosa del destino, porque me encontré a May Lai, en el suelo, herida. Se había separado de su amiga y estaba desorientada, medio

ciega. Yo la ayudé a levantarse, la sostuve y la guie mientras corríamos para tratar de ponernos a salvo.

—Por lo visto, lo conseguiste.

—Sí, lo conseguí. Llegamos al río y nos cobijamos bajo una pequeña barca. Nos quedamos allí, apretujados, temblando. Yo la rodeé con los brazos, para protegerla en caso de que un policía nos descubriera y nos golpeará, y ella se apretó contra mí, muy asustada. Pero no sucedió nada de eso. Poco a poco los gritos y las explosiones se alejaron. Permanecimos ocultos más de una hora, para estar seguros de que no nos cogerían si salíamos antes. En ese rato sucedió todo.

—¿Qué es todo?

—Mojé mi pañuelo con saliva y le limpié los ojos. En aquella penumbra su rostro brillaba blanco y puro. Su cuerpo entre mis brazos era suave. Cuando por fin pudo abrirlos y me vio, los convirtió en dos lagos enormes y exclamó: «¿Tú?».

—Así que te reconoció.

—Ya te he dicho que fue amor a primera vista, y en ambas direcciones.

—¡Qué absurdo!

—Pues llevamos toda la vida juntos.

—Una casualidad. ¿Cómo puede alguien enamorarse sin saber nada de la otra persona? Además —hizo un gesto vago—, el amor no es más que una trampa.

—El amor es lo más importante de la vida, Li Huan.

—¡El amor te hace débil, ya lo hablamos una vez! ¡Tú mismo lo recordaste! ¡Lo dice el Libro Único!

—¿Cómo puede hacerte débil la fuerza más poderosa del universo? Es al contrario: te hace fuerte. Es uno de los pilares de la existencia humana.

—Nunca estaremos de acuerdo —exclamó con sarcasmo y un deje de superioridad antes de agregar—: ¿Uno de los pilares de la vida? ¿Cuáles son los otros?

—La honradez, el respeto, la paz y la esperanza.

Li Huan se quedó mirándole como si fuera un extraterrestre.

—No sé por qué pierdo el tiempo hablando contigo.

—Porque eres joven y quieres saber cosas.
—¡No esas! —Chasqueó la lengua—. ¿Es que no aprenderás nunca?
¡Debería denunciarte por tu insistencia! ¿Por qué no cedes un poco?
—¿Quieres que sea como el junco, que se dobla con el viento?
—¿Quieres ser un árbol, al que arranca la tormenta?
—Sí —dijo Wang Zhu—. Lo prefiero.
Li Huan hizo ademán de seguir su camino por la galería, dando por terminada la conversación.
No esperaba que el preso volviera a hablar.
Pero lo hizo.
—¿Qué harías si no llevaras ese uniforme?
El soldado vaciló un segundo.
Luego siguió andando sin responder.

23

Si no llevara el uniforme de soldado, estaría en su casa, trabajando en el pequeño taller familiar, cortejando a la bella Shi Lin.
Todo el orgullo que había sentido al recibirlo y vestirse con él, chocaba a veces con aquella realidad.
Era un soldado al servicio del Gran Padre.
Pero custodiaba presos, lejos de todo.
Un gran honor y al mismo tiempo una gran renuncia.
«Tú no eres tú. El Partido lo es todo», decía el Libro Único.
Pero ¿si no era él, por qué sentía lo que sentía?
Y, sobre todo, ¿por qué le dolía?
De pronto estaba lleno de grietas.
¿Y si fuera a ver al médico del campo, o hablara con un educador...?
No, eso sería peor.

Podía acabar en un campo de trabajo.

—Son las cartas —se dijo.

Las cartas, sí. Cada vez eran más. Cada vez expresaban más sentimientos. Los presos eran bestias, de acuerdo. Mentecillos decadentes y sucios. Pero incluso las bestias tenían sentimientos, y sabían cómo provocar emociones. Hablaban de amor, de esposas, padres, madres, hijos, nietos... Hablaban desde el corazón del infierno y lo hacían con ternura y añoranza. No había mucho que censurar. Eran listos. No iban a traicionarse a sí mismos o a poner en peligro a quienes escribieran. Pero siempre tachaba algo. Siempre. Aunque solo fuera para dejar constancia de su trabajo y de que permanecía en guardia y atento.

Las peores cartas seguían siendo las de Wang Zhu.

Las únicas a las que robaba las palabras antes de mandarlas al olvido.

La libreta crecía.

—Capitán, ¿no cree que el Estado ha mostrado ya suficiente generosidad con los presos?

—¿Quieres dejar de ser censor?

—No, no es eso. Es que no veo que obtengamos resultados.

—Eso no lo sabes, soldado. Tus informes son importantes. Las cartas de las familias que censuran antes de mandárnoslas, también. Todo ayuda.

—Solo ha habido tres presos dispuestos a ser reeducados en el último mes.

—Cada gota cuenta para llenar un vaso de agua.

—Sí, camarada.

Y seguía en su cubículo, con las tres montañitas de cartas: las que escribían los presos, las que él ya había censurado y estaban dispuestas para ser enviadas y las que mandaban las familias y todavía no había distribuido, cosa que también hacía una vez al mes y de un tirón.

El preso 53 había muerto de una neumonía hacía dos días cuando llegó la carta de su esposa. Le decía que su hija mayor estaba embarazada y que, por favor, hiciera lo posible para salir de allí y así poder ver a su nieto.

Li Huan no supo qué hacer con la carta.

Así que la quemó.

Lo mismo que habían quemado el cadáver del preso 53.

Al preso 119, en cambio, su hija le contaba que la madre acababa de morir.

Cuando se la dio, se quedó a ver su cara.

Pero el preso 119 no cambió su semblante.

Nada.

Se preguntó si su muerte, dos semanas más tarde, tenía que ver con la de su esposa.

¿Mataba la tristeza más que el dolor?

Al empezar el verano, bajo el sol más abrasador de los últimos años, llegaron muchos más presos. Muchísimos más. Algunos, los menos importantes, tuvieron que compartir celda. Las cartas también aumentaron. Tanto que, en ocasiones, Li Huan ya no podía ni siquiera hacer guardias. Podían pasar días sin que entrara en el pabellón de los reclusos de nivel 1.

Xi Shang ya había enviado a tres a la enfermería.

A uno le abrió la cabeza con la porra.

La espalda de Xi Shang era una costra insensible hecha de piel rosa y arrugada.

Los nuevos presos, al chocar con la realidad del campo, experimentaban reacciones diversas. Unos aceptaban la reeducación a los pocos días. Otros lloraban por las noches. Los más se resignaban. Por extraño que pareciera, pocos entendían la gravedad de sus actos o el motivo de su detención. No faltaban los que negaban los hechos, o gritaban diciendo que aquello que habían escrito era producto de la insensata juventud, que ya no pensaban igual. Por suerte, el Estado no se dejaba engañar. Incluso los que aceptaban la reeducación pasaban por filtros y controles, durante semanas, o meses, para asegurar que eran sinceros, que no lo hacían solo para salvar la piel.

Lo peor del verano no era el calor, sino que con su fin se anunciaba ya el duro, muy duro invierno, como si el otoño no existiese.

Li Huan escribió por primera vez a sus padres, para decirles que estaba bien y era feliz.

Tres líneas.

Suficiente.

E

24

La segunda carta de sus padres llegó a las tres semanas de haber mandado él la suya.

Como si hubiera abierto la veda.

Se extrañó mucho cuando se la dieron, y esperó a estar solo para abrirla. No lo hizo en la habitación. No quería que Xi Shang le sorprendiera. Prefirió el cubículo donde ejercía su labor de censor. Allí era una carta más.

Rasgó el sobre.

Extrajo una hoja de papel escrita a mano y una fotografía.

Una foto con la imagen de una niña o, mejor dicho, una adolescente. Se adivinaba que todo en ella estaba en formación, en construcción. Sonreía con timidez y tenía los labios bonitos, casi tanto como los ojos. Pero no era guapa. Al menos no como Shi Lin. El cuerpo apenas se adivinaba bajo las holgadas ropas que cubrían sus senos y disimulaba su cintura. Las manos en cambio se mostraban rechonchas, pequeñas y gruesas.

Trató de ver más allá.

No pudo.

Por detrás del retrato, alguien había escrito: «Huaysí».

La fecha era de tres meses antes.

Le entró un sudor frío ante aquella imagen y recordó la manera en la que Wang Zhu le había hablado de la primera vez que vio a la que iba a ser su

esposa.

Amor a primera vista.

Bueno, no era más que una foto, pero no sintió nada.

Más bien... ¿rechazo?

Dejó la fotografía en la mesa y se dispuso a leer la carta de sus padres. Antes de llegar a la primera línea optó por darle la vuelta al retrato y ponerlo bocabajo. No quería que Huaysí lo mirara. Luego sí pudo concentrarse en la letra de su padre y en lo que le decía.

Querido hijo. Nos alegró mucho tener noticias tuyas. Aunque eran pocas palabras, las degustamos como el mejor de los manjares. Sabemos que, como soldado, no puedes decirnos muchas cosas ni contarnos lo que haces. Tampoco te lo pedimos. Nos basta con saber que estás bien y cumples con tus obligaciones.

Ante todo, verás que junto con esta carta te mandamos una fotografía. Será lo primero que habrás visto y ya sabrás, porque lo dice el dorso, que se trata de la joven Huaysí, de la que te hablamos en nuestro anterior escrito. No queremos influir en ti, pero ¿verdad que es hermosa? Una flor floreciendo en la primavera. Ella también tiene un retrato tuyo, y nos dijo que ya sueña con el momento de conocerte. Está muy orgullosa de que sirvas lealmente en el Ejército y te desea lo mejor. Por el momento, su familia y nosotros vamos a esperar a tu regreso.

No hay mucho más que contar. Muchas personas que te conocen nos dan saludos para ti. Nuestros vecinos, los Fong, los clientes del taller, y por supuesto toda la familia, tus abuelos, tíos y tías, primos y primas. Eres el primero que sirve a la patria y esperan expectantes cuanto puedas contarles al licenciarte. También te manda sus mejores deseos la joven Shi Lin. ¿Te acuerdas de ella? Se casará en unas semanas con Kao Sai, el hijo mayor de los Sog...

Li Huan dejó de leer.

Tragó saliva.

La carta tembló en su mano.

¿Kao Sai?

¿Aquel estúpido, engreído, baboso...?

¿Kao Sai?

¿Shi Lin y él?

La fotografía de Huaysí seguía bocabajo, pero era como si la oyera reírse.

A la carta le quedaban apenas unas líneas.

Ya no pudo concluir la.

La dejó sobre la mesa.

Nunca había tenido esperanzas con Shi Lin. Jamás habían hablado, salvo para saludarse o intercambiar palabras de cortesía. Siempre se le había antojado un sueño adolescente. Y sin embargo...

Le dolía.

Le dolía mucho.

Él llevaba el glorioso uniforme del ejército y servía a la patria, al Sistema, al Partido y al Gran Padre, pero era Kao Sai el que se llevaba el gran premio.

Todavía le dolió más.

La mente, el pecho, el estómago.

El cubículo empezó a darle vueltas. Las cartas cobraron vida y le hablaron en voz alta. El vértigo amenazó con devorarlo. Y al llegar la rabia, quiso gritar, a pleno pulmón. No pudo hacerlo y se ahogó en ella, se quedó sin aliento.

—¿Por qué? —gimió.

Tuvo que salir de allí, caminar hasta el patio, dejar que el aire fresco y el sol le inundaran.

Pero no consiguió serenarse.

25

No quiso ver a Wang Zhu en los siguientes días.

Se encerró en el cubículo donde trabajaba y se sumergió en la lectura y censura de aquellas malditas cartas.

Y fue más implacable.

A fin de cuentas, todas hablaban de sentimientos.

Tenía razón el Libro Único: «El sentimentalismo es una lacra occidental que gobierna las emociones y hace débiles a las personas».

Sí, el Libro Único era el todo.

No necesitaban más.

Noche tras noche, volvió a leerlo, para reforzar sus ideas, para reforzarse a sí mismo, para enfrentarse a los peligros que día a día surgían del campo, de las ponzoñosas celdas de los prisioneros. Incluso se rio la tarde en que Xi Shang tuvo que pedir una porra nueva, porque la había roto junto a la cabeza de uno de los presos.

—¡La tenía dura! —se justificó su amigo.

Cuando el cautivo de la celda nueve del pabellón de los reclusos de nivel 1 se rindió y aceptó la reeducación, para reinsertarse a la sociedad de nuevo, el capitán Qun Ming se sintió feliz.

Era un punto de inflexión.

Reunió al sargento Wu y a los que se ocupaban del pabellón, entre ellos Xi Shang y Li Huan.

—Camaradas —les dijo—, quebrar la voluntad de uno de esos hombres y hacerle entender la verdad, no es fácil. Por eso quiero felicitaros y apremiaros todavía más para que sigáis así. Puede que alguno piense que es una victoria pequeña. Pero os aseguro que no es así. No en ese preso. Cada grano de arena que forma una playa importa, y si es una roca, más. Todos sabemos que esos desgraciados están ciegos y sordos. Viven en su cápsula y mueren en ella sin mostrar un resquicio a la esperanza, a la luz de la verdad. Nuestro Gran Padre dice que una oveja descarriada que regresa al redil es importante. Matar es fácil. Recuperar es mucho mejor. Alegrémonos, pues, por este éxito y sigamos.

Y de pronto, fue como si el verano se acortara, o desapareciera.

Lluvias torrenciales, la humedad que se metía en los huesos hasta hacerlos chirriar, media docena de presos muertos por distintas enfermedades en apenas dos semanas, una extraña melancolía general...

—Li Huan, el 139 quiere escribir una carta. Dice que le toca.
—Que te la dé a ti. Llévale el papel, la tablilla y el lápiz.
Xi Shang movió la cabeza de lado a lado.
—Quiere que vayas tú —dijo.
—¿Y quién es él para pedir algo? —Se enfadó—. ¿Se cree que estoy a su servicio? ¡Que te la dé a ti o que no la escriba!
Sintió curiosidad. Por la noche le preguntó a Xi Shang.
—¿Ha escrito la carta?
—No. —Su compañero fue lacónico.
—¿Por qué?
—No lo sé. No ha querido.
Los tres días siguientes, cada noche, Li Huan le formuló la misma pregunta:
—¿Ha escrito su carta el 139?
—No, ni habla de ello.
Esperó una semana.
Hasta que decidió ir a verle.
—¡Preso 139! —le gritó al ver que estaba acostado y con los ojos cerrados.
Wang Zhu se levantó de un salto, asustado. Se relajó un poco al verle a él. Su menguada figura quedó oscilando en el centro de la celda, como si un remolino de viento le moviera levemente.
—¿Por qué no escribes tu carta?! —volvió a gritar Li Huan.
—Te las doy a ti, siempre. No quiero que la vea otro.
—¿Crees que la leería?
—No lo sé.
—¿Y qué si fuera así? ¿A quién le importa lo que digas? ¡Yo las censuro!
¡No tengo por qué vigilarte mientras las escribes! ¡Eso puede hacerlo cualquiera!
—Creía que...
—¡Tú no has de creer nada! ¡Solo obedecer! ¿Vas a escribirla o no?
—Claro.
—¡Ahora, o no será hasta el mes siguiente o quizá más!
—De acuerdo —convino el hombre.
Li Huan dio media vuelta. Buscó a Xi Shang y le pidió que le llevara el

papel, la tablilla y el lápiz al preso 139.

Esperó, paciente, sin dar muestras de nerviosismo.

Porque, desde luego, intuía algo.

No sabía qué, solo lo intuía.

Tampoco buscó a Xi Shang.

A la hora de la cena, su amigo se acercó a él con el papel en la mano.

Su cara era extraña.

—¿Qué sucede? —le preguntó Li Huan.

—No lo sé. —Le tendió la hoja doblada—. Pero desde luego no es una carta.

—¿Cómo que no...?

Desdobló la hoja.

No, no era una carta.

De hecho... no era nada.

Wang Zhu solo había escrito tres líneas.

26

Cenó más inquieto que furioso.

Tres líneas.

¿Por qué?

Las leyó una y otra vez, hasta sabérselas de memoria:

*A este invierno
le quedan dos nevadas
y cuatro vientos.*

¿Y por qué tres líneas y no una sola?

¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

¿Se estaba riendo de él?

Casi no pudo esperar al final de la cena. Abandonó el comedor y se dirigió con paso firme al pabellón. El soldado que hacía guardia estaba en la puerta. Pasó por su lado sin dirigirle la palabra y caminó hasta la celda número siete. El eco de sus pisadas pareció una alarma. Truenos retumbando de lado a lado como un eco siniestro. Uno a uno, en cada celda, los presos ya se encontraban de pie al pasar él por delante.

Wang Zhu también.

Li Huan agitó la hoja de papel ante sus ojos.

—¿Qué es esto? —gritó.

El recluso pareció no entenderlo.

—Mi carta —dijo.

—¿Para eso querías que viniera yo? ¿Para eso temías que otro lo leyera? ¿Me tomas el pelo? ¡Esto no es una carta!

—No, es un haiku.

—¿Qué?

—Un haiku —se lo repitió.

Li Huan parpadeó sin darse cuenta. La rabia aumentó.

—¡Maldita sea! ¿Qué es un haiku?

—Perdona, yo... —En los ojos de Wang Zhu apareció un conato de miedo.

—¡Dímelo!

—Creía que... lo sabías.

—¡Condenado estúpido! ¿Saber qué?

Wang Zhu se acercó a la reja. En sus ojos había dolor además de miedo.

Un miedo como nunca había mostrado antes.

—Un haiku es un pequeño poema japonés, de solo tres versos y diecisiete sílabas, cinco la primera y la última, siete la central. Trata de expresar... la captura de un momento, una emoción...

—¿Esto es un poema?

—Sí.

—¿Por qué escribes poemas si está prohibido? ¡Y encima... japonés! —aulló—. ¡Te lo dije la primera vez y te lo repito ahora! ¿Es una provocación? ¿Me estás provocando una vez más?

—¡No! —Wang Zhu abrió las manos y le mostró las palmas desnudas—. No quería que censuraras nada, eso es todo. No hubieras sabido que es un poema si no te lo digo yo. Quería mandarle este mensaje a mi esposa.

—¿Por qué?

—Porque es mi forma de decirle que voy a morir pronto.

Lo esperaba todo menos aquello.

¿Morir?

—¡No seas idiota, 139!

—Cada ser humano conoce el límite de sus fuerzas.

—¡Aquí no dices nada de morir! —Volvió a agitar el papel, arrugándolo entre los dedos—. ¡Hablas del invierno, de la nieve y el viento! ¡No es más que otra de tus imágenes bucólicas y decadentes!

—El invierno soy yo, Li Huan —suspiró Wang Zhu—. Decir que me quedan dos nevadas y cuatro vientos es como vaticinar lo poco que me queda de vida. May Lai ha de saber...

—¡Cállate!

—Por favor...

Li Huan sacó la porra.

Le apuntó con ella.

Los ojos de ambos parecieron confluír en su extremo.

Les separaba la reja.

Y un mundo.

No se oía nada en el campo, y sin embargo sus respiraciones sonaban como huracanes. Furiosa la de uno, tensa la del otro. El extremo de la porra, empotrado entre los barrotes, era una espada sin filo.

Li Huan acabó de arrugar la hoja de papel con la otra mano.

Se la arrojó a Wang Zhu a la cara.

No hizo falta que le dijera nada.

Cuando llegó de nuevo al comedor todavía sujetaba la porra como si ella fuese su único asidero.

No podía dormir.

Daba vueltas, y más vueltas en la cama.

Encima, a Xi Shang le había dado por roncar.

Le miró con odio.

Su silueta se recortaba en la penumbra, como un delgado hilo que perfilase su cuerpo al recibir la tenue luz del exterior a través de la ventana.

Li Huan hizo un ruido con la lengua.

Su compañero dejó de roncar, de respirar. El silencio se mantuvo apenas tres segundos.

Luego llegó un resoplido y de vuelta al fragor de los ronquidos, más sonoros incluso.

Li Huan se mordió el labio inferior.

Muy fuerte.

Hasta sentir el sabor de la sangre.

¿Por qué estaba tan rabioso?

¿Por qué caía una y otra vez en las sucias trampas de Wang Zhu?

¿Por qué sentía aquella atracción tan poderosa hacia su persona?

Inaudito.

Absurdo.

Por su cabeza revoloteaban, de pronto, como abejas asesinas, muchas de las frases y palabras que Wang Zhu le había dicho a lo largo de aquellos meses.

«Tú eres distinto».

«Tenía un hijo de tu edad».

«Eres joven y quieres saber cosas».

«¿No te das cuenta de que sin preguntas no hay respuestas, y sin respuestas no hay pensamiento?».

«¿Has amado alguna vez a alguien o alguien te ha amado a ti más allá de tus padres?».

«No eres más que un chico de dieciocho años tan perdido como otro cualquiera».

«Tu mente y tu corazón llevan caminos opuestos desde que llegaste aquí».
«¿Y si tu cárcel es peor que la mía?».
«Algún día te acordarás de mí y será tarde. Para todo. Incluso para que seamos amigos».
«Tus padres dicen que ahora todo es mejor porque te protegen».
«Veo tu inquietud, tus dudas».
«No eres violento».
«¿Cuántas veces has usado la porra contra alguien desde que estás aquí?».
Todas aquellas frases, todas aquellas palabras...
—No... —gimió aplastado por la evidencia.
¿Cómo no lo había visto antes?
No era violento.
Y cierto: todavía no había golpeado con la porra a ningún preso.
Todavía.
¿Qué significaba aquello?
Li Huan se sentó en la cama de golpe.
Ojos desorbitados.
El corazón a mil.
La furia cegándole.
No quiso dominarla. No quiso calmarse. Dejó que le inundara, hasta cegarle la razón.
Y entonces se levantó, se puso los pantalones, cogió la porra y salió de la habitación.

28

Sus pies descalzos no sintieron el frío.
Su corazón ardía.
Llegó al pabellón y empujó la puerta como si cargara contra el enemigo.

El guardia le vio llegar desde el otro lado de la galería. Se levantó de un salto. Intentó decir algo pero Li Huan le apuntó con un dedo inflexible.

Los dos eran soldados. Li Huan, además, era el censor del campo.

Una graduación invisible.

Los presos dormían. El ruido de la puerta no les había despertado. Li Huan llegó hasta la celda siete. El guardia estaba a unos pasos, con los ojos muy abiertos.

El aparecido le tendió la mano con la palma hacia arriba.

No hizo falta decir nada.

El guardia le entregó la llave. La misma que abría todas las rejas.

Fue en el momento de introducirla en la cerradura, y hacer chirriar el engranaje con su habitual estridencia, cuando Wang Zhu se despertó.

Apenas pudo comprender lo que sucedía.

Vio a Li Huan.

Vio la porra en lo alto de su mano.

Luego, demudado por la sorpresa, cerró los ojos y se protegió.

29

No le pudo un atisbo de piedad.

No sentía piedad.

No le dominó el cansancio.

No sentía cansancio.

No recuperó la cordura.

Necesitaba la locura para sacar todo el odio que llevaba dentro.

Un golpe, dos, tres.

Brazos, piernas, estómago, cabeza.

Cuatro, cinco... diez...

Wang Zhu se protegía, o lo intentaba.

Inútil.

¿Cómo se detiene un huracán?

Nadie contó los golpes.

El guardia no quiso detenerle.

El preso gemía. Su agresor jadeaba.

Solo eso.

Mucho después de que Wang Zhu hubiera perdido el conocimiento, Li Huan seguía golpeándolo, golpeándolo, golpeándolo.

F

30

Lucía el sol.

A veces los días eran gritos.

Gritos salvajes.

Naturaleza pura.

Días en los que nada formaba parte del bien o del mal.

Solo eran eso: días.

Mañanas de cielo azul, nubes blancas y silencio.

Sentado en la cama, todavía con los pantalones puestos y los pies sucios, aunque la tormenta había cesado hacía horas, Li Huan se enfrentó al sol.

Aquel grato calor.

Por primera vez en mucho tiempo sintió que tenía la mente en blanco.

Aunque solo fuera por unos minutos, fue así.

Agradeció el inmenso vacío de su cabeza.

Un cuenco dispuesto para ser llenado de nuevo.

Hasta que abrió los ojos y miró la porra.

Húmeda de sangre.

Tan roja como toda aquella ira que se la había hecho empuñar.

Se levantó en silencio, casi indiferente, olvidándose de ella, y salió de la habitación. Faltaba poco para que sonara la sirena que les pondría a todos en pie, así que fue el primero en meterse en el baño. Orinó y después se lavó las

manos.

También estaban rojas.

Incluso le costó mover los dedos, porque la sangre había formado una especie de costra que se los endurecía.

Vio su rostro reflejado en el sucio y ajado espejo ubicado encima del lavamanos.

Su rostro.

Sereno.

Serio.

—¿Y? —se dijo a sí mismo.

No hubo respuesta.

Continuó mirándose.

Entonces la mente empezó a llenarse de nuevo.

Imágenes.

Una.

Wang Zhu apaleado como un perro rabioso.

Preguntas.

Muchas.

¿De dónde había sacado tanto odio?

¿Dónde había ocultado aquella violencia?

¿Lo llevaba todo dentro o era un estallido puntual?

¿Le había cambiado el campo y su miseria humana?

Preguntas.

Ninguna respuesta.

Había sentido placer.

Ahora lo que sentía era...

¿Qué?

—Eres libre —volvió a decirse a sí mismo.

Cada vez que entraba en la oficina del capitán Qun Ming, por la razón que fuese, recordaba la primera ocasión en la que había estado allí, meses atrás, en pleno invierno, recién llegado y cargado de expectativas.

Parecía que hubiese pasado una eternidad.

El ayudante del capitán le miró con indiferencia.

—Espera —le dijo.

—¿Sabes qué quiere?

—No.

Se levantó, entró en el despacho de Qun Ming y volvió a salir a los tres segundos.

—Pasa. —Le dejó la puerta abierta.

Li Huan cruzó aquel umbral. Invariablemente, el capitán siempre estaba escribiendo algo, muy ocupado. Esta vez no. Le esperaba. Daba la impresión de estar serenamente feliz. Incluso parecía sonreír un poco, levantando la comisura del labio.

—Capitán —le saludó disciplinado.

—Siéntate, Li Huan. —Le trató con deferencia.

—Sí, camarada.

Ocupó la silla en la que otras veces se había sentado, pero sin apoyarse en ella, manteniendo la espalda recta, las rodillas unidas, el porte marcial, la gorra entre las manos.

Los ojos de su superior le escrutaron.

—Li Huan —comenzó a hablar—, el Estado está muy orgulloso de ti.

Era lo que menos esperaba.

¿El Estado?

¿El Estado sabía de él... y estaba orgulloso?

—Tu trabajo como censor ha sido importante —continuó el capitán—. Importante y relevante. Más de lo que puedas imaginar. Gracias a él y a tus informes, sabemos mucho más de nuestros presos, cómo sienten, cómo piensan, y en varios casos, puedo decirte que se ha logrado detener a nuevos

traidores gracias a las respuestas a sus cartas.

—Lo ignoraba, camarada.

—Por esa razón te lo cuento. Es justo que lo sepas, por si, en algún momento, habías creído lo contrario o pensabas que lo que hacías pasaba desapercibido. —Qun Ming hizo una pausa—. Como te dije al poco de llegar, al hablarte de tus nuevas obligaciones como censor, se sirve de muchas formas al Sistema, y absolutamente todas son fundamentales. Hasta la más insignificante. Tu trabajo ha sido valioso y lo has desarrollado con empeño y dedicación, ganándote incluso la confianza de algunos presos, me consta. Sé que no ha sido fácil hablar con ellos, porque son como alimañas ponzoñosas. Pero has demostrado ser hábil, y eso te distingue. Tanto que, por ese motivo, vas a ser recompensado.

La sorpresa de Li Huan aumentó.

Intentó que su rostro no mostrara emoción alguna.

El capitán se tomó su tiempo antes de darle la noticia.

—Soldado, se te concede una semana de permiso especial para que puedas ir a tu casa y visitar a tus padres. Sé que no es mucho, porque tienes por delante dos días de viaje y luego otros dos de regreso, pero dispondrás de tres días completos para estar con ellos y olvidarte de nosotros. —Ahora sí sonrió—. A veces es bueno detenerse y coger fuerza para volver con nuevos ímpetus.

Le costó entender el significado de la palabra «permiso».

Siete días lejos de todo aquello.

—Gracias, camarada. —Se vio en la obligación de decir algo al ver que su superior dejaba de hablar.

—Cuando regreses, además, te esperarán tus galones de cabo, aunque por supuesto seguirás haciendo lo mismo.

Cabo.

Un pequeño salto adelante.

Otra sorpresa.

—Espero ser digno de ello, camarada —asintió.

—El camión de suministros llega mañana. Te irás en él. Un permiso es algo excepcional, y lo sabes. Pocos disfrutan de uno, y menos con solo un año de servicio. Valóralo y cuando vuelvas sigue empeñado en tu trabajo y tu

dedicación absoluta a defender los valores de la patria.

—Lo haré, capitán.

—Hay algo más.

—¿Sí?

—Posiblemente una hermana mía te lleve un paquete para mí, a tu casa. Le he dado tus señas. Si no te importa traérmelo a tu regreso, aprovechando el viaje...

—Será un placer, camarada.

—Entonces esto es todo. Puedes retirarte. Mi ayudante te dará mañana el permiso y los salvoconductos necesarios.

—Gracias. —Se levantó de la silla.

—Disfruta de tu semana de ocio.

Era el fin de la conversación. Li Huan lo saludó en posición de firmes, como siempre, y luego se volvió hacia la puerta.

No llegó a abrirla.

—Camarada...

—¿Sí?

—¿Tiene algo que ver todo esto con lo sucedido hace dos noches?

El capitán Qun Ming frunció el ceño.

—No, ¿por qué?

—Por nada. Perdone. —Puso la mano en el tirador de la puerta.

—Li Huan. —Lo detuvo el oficial—. Esos cerdos merecen ser castigados mucho más de lo que lo son. Me consta que provocan, que ponen a prueba vuestra resistencia y capacidad. No es fácil tratar con ellos a diario. Si apaleaste a ese hombre sería por algo.

—Así es, señor.

—Entonces está bien.

—Gracias.

Ya no hubo más.

Esta vez sí, Li Huan cruzó el umbral y salió de la oficina del capitán Qun Ming.

Una semana de permiso.

Todavía no se lo creía.

Le costó hacerse a la idea de que así era.

32

Al cerrar la puerta de su habitación se sintió aislado del mundo por primera vez en mucho tiempo.

Aislado y protegido.

Aquellas cuatro paredes habían sido su casa.

Eran su casa.

Allí siempre fue feliz, con sus padres y su hermano, a salvo de las inclemencias exteriores, antes de que lo reclamaran para cumplir el servicio obligatorio y vistiera el uniforme del ejército.

Regresar parecía volver a todo ello, recuperar esas sensaciones.

Poco a poco se dio cuenta de que no era así.

De que todo era ya distinto.

Él también lo era.

Se sentó en la cama y paseó los ojos por el pequeño lugar, el armarito con su ropa de paisano, sus escasas posesiones. De niño tenía libros. A partir de los ocho años ya no. Se habían quemado todos en una de las inmensas piras vecinales, con el triunfo de la Revolución y la proclama de las nuevas normas sociales. Había echado de menos sus libros hasta que, en la escuela, un compañero fue apaleado al encontrársele uno en su poder. El castigo se lo habían inflingido delante de todos los demás, para que sirviera de ejemplo.

Y había servido.

De amar sus libros pasó a odiarlos.

Los primeros días del nuevo sistema fueron complicados.

La gente desaparecía sin más. Hoy un vecino, al día siguiente una familia entera. Bastaba una sospecha o una denuncia anónima. La nueva policía y los soldados patrullaban en busca de los últimos focos de resistencia. Cada día

surgían nuevas directrices. Cada día se daban nuevas instrucciones a la población civil. La promesa de un futuro mejor acabó siendo la única esperanza.

Y habían transcurrido diez años.

Li Huan se tendió en la cama y miró el techo.

Allí estaba el desconchado, justo encima de su cabeza. No era más que una mancha, pero tenía forma de marciano. O al menos lo que él llamaba marciano. Durante años fue su silencioso compañero de juegos.

¿Cuándo dejó de soñar?

Cerró los ojos.

El viaje había sido largo, además de pesado. Dos días saltando de un camión a otro y de un tren a un autobús o viceversa. Dos días perdido entre el distante campo de prisioneros y la capital. Ni siquiera había dormido en una cama la noche anterior. Lo hizo en el tren, incómodo. Por lo menos la población civil se veía en la obligación de ayudar y servir a los soldados que estuvieran de paso, darles comida o facilitarles el transporte con absoluta prioridad. Los soldados eran la nueva aristocracia.

Acababa de llegar a su casa apenas dos horas antes, ya de noche, y pese al cansancio ellos no le habían dejado en paz ni un minuto.

Al otro lado de la puerta, su padre y su madre seguían hablando en voz baja, desvelados, felices por tenerle allí. No le esperaban, así que la sorpresa había sido mayúscula. Dos horas de fiesta. Su madre no dejaba de llorar, abrazándole, tocándole la cara para ver si era real. Su padre, en cambio, le asaeteaba a preguntas, sobre él, lo que hacía, el motivo de que estuviera allí de permiso. ¡De permiso! En los ojos de su hermano había seguido viendo admiración y envidia.

—Soy cabo —les había dicho.

—¿Cabo? —En lugar de mostrarse alegre y feliz, su padre había parecido preocupado—. ¿Y eso qué significa?

—Que tengo nuevas obligaciones.

Su madre, en cambio, había gemido asustada.

—¡Cabo! ¡Oh, mi niño!

Finalmente, él les dijo:

—Estoy agotado. Hablaremos mañana.

—Claro claro, hijo. Descansa.

—¡Oh, Li Huan!

¿Por qué decía el Libro Único que la familia estaba sobrevalorada?

Volvió a abrir los ojos.

—¿Qué te cuentas, Olox? —le dijo al marciano del techo.

Sabía que le costaría dormir.

Por el cansancio, por estar en casa, por recuperar los olores familiares, por el silencio, por los nervios...

Se levantó y se acercó a la ventana.

No había luz en la calle. Tampoco a nadie se le ocurría caminar de noche, aun sin toque de queda. Los planes de ahorro eran estrictos, y más mientras durase el bloqueo internacional. La energía se reservaba para necesidades mayores, desde hospitales hasta las plantas nucleares que fabricaban el arsenal defensivo para garantizar el futuro de la Revolución.

Li Huan miró las casas.

Shi Lin vivía cerca.

Tal vez la viera al día siguiente.

Tal vez.

¿O sería que sus padres aprovecharían su visita para concertar una cita con Huaysí y los suyos?

La calle, el barrio, la ciudad, ya no eran sino manchas oscuras en un mapa espectral.

Li Huan siguió mirando por la ventana un rato más.

Desde la noche de la paliza a Wang Zhu era como si viviera fuera de sí, de su cuerpo, de todo lo que antes había formado su vida.

Como un autómata.

Le costó, pero consiguió comer con sus padres, solos los tres, ya que su hermano, a mediodía, lo hacía en la escuela comunal.

—¡Pero si todos querrán verte! —protestó su madre.

—¡Son tus abuelos, tíos y tías, primos y primas! —lamentó su padre.

—Mañana, mañana. Hoy no —insistió él—. Quiero estar tranquilo.

Y se había salido con la suya.

Ahora comían como siempre lo habían hecho, unas veces callados y otras hablando sin parar. Su padre con cosas del taller, las mercancías, los clientes. Su madre con las preocupaciones del hogar, la escasez de alimentos y el racionamiento. Un año y nada había cambiado.

Solo él.

De pronto tenía nuevas preguntas.

Todas las que diez años de silencio habían callado.

—Padre, ¿cómo era antes? Yo apenas recuerdo nada. Tenía ocho años cuando pasó todo.

No era la pregunta más inocente del mundo.

No con su hijo vistiendo el uniforme de soldado, un uniforme obligatorio aunque estuviera de permiso.

El hombre y la mujer se miraron.

Li Huan advirtió su miedo.

Por primera vez.

Miedo en los ojos de sus padres.

—Antes era todo muy malo.

—Malísimo.

—La vida era dura.

—No como ahora.

—Manifestaciones, violencia, inseguridad...

—Mucha inseguridad.

—Unos...

—Y otros...

—Facciones...

—No vale la pena hablar de ello.

—No, no vale la pena.

—Ya pasó.

—Sí, afortunadamente.

—Ahora estamos bien.

—Sí, muy bien. Somos felices.

—Claro.

Li Huan le miró a él. La miró a ella.

Tan firmes, y a la vez tan inseguros.

—¿Qué os pasa?

—Nada —dijo el hombre.

—¿Qué iba a pasarnos? —dijo la mujer.

—Durante la Revolución llorabais. Lo recuerdo. Luego estuvisteis mucho tiempo tristes. No lo había recordado hasta ahora.

El miedo se acrecentó.

Eran sus padres y sin embargo... ¿el miedo era por él?

La voz de Wang Zhu retumbó en su cabeza: «Tus padres dicen que ahora todo es mejor porque te protegen».

—¡Vamos, soy yo! ¡Li Huan!

Li Huan el soldado. El cabo.

—¿Por qué quieres hablar de eso, hijo? —preguntó su padre.

—Porque es como si tuviera dos vidas, una hasta los ocho años y otra después de los ocho años. Una de la que apenas recuerdo nada y otra en la que he vivido sin hacerme preguntas hasta ahora.

—¿Y por qué ahora? —preguntó su padre.

—Porque he salido de casa, y he visto cosas.

—No te las hagas.

—¿Y cómo se evita eso?

—Eres soldado, estamos orgullosos de ti. Te marchaste lleno de energía, firme en tus convicciones —le dijo su madre.

—¿Echáis de menos el pasado?

—No.

—No.

—Pero ¿qué os pasa? —Se alarmó él ante la doble negación.

—Por favor, Li Huan, no hablemos de esas cosas. —El rostro del hombre se

llenó de amargura.

—¡Estamos solos, nadie nos oye!

—¡Pero es delito!

—¡Madre!

El cabeza de familia pareció venirse abajo. Dejó la cuchara y puso la mano sobre el brazo de su hijo. Su mirada se revistió de una profunda desesperación. Su voz sonó quebrada, rota por el dolor y la emoción.

—El hijo de los Wuo denunció a su propio abuelo por...

—¡Yo no soy el hijo de los Wuo! ¡Soy vuestro hijo! ¿Creéis que podría... denunciaros? —No consiguió terminar la frase a causa del horror que sentía.

Se hizo el silencio.

Pero los gritos de las tres miradas eran muy fuertes.

Atronadores.

—Padre. —La voz de Li Huan sonó firme—. ¿Era mejor antes la vida?

—Era... distinta.

—¿Mejor?

—Había muchos problemas, inseguridad... —intentó hablar ella.

—¿Mejor? —repitió Li Huan por tercera vez.

Su padre cerró los ojos.

Le bastó con asentir levemente.

Entonces su madre rompió a llorar.

34

Li Huan se detuvo en la esquina donde tantas veces la había visto pasar y esperó.

Una hora.

Dos.

Tres.

Regresó a casa, y al anochecer se produjo la reunión familiar.
Apenas si cabían.
Más de treinta personas, repartidas entre el piso y el taller.
Todas celebrando su breve regreso. Todas felices. Todas haciendo preguntas.
Todas admiradas por su rápido ascenso. Todas bebiendo y brindando por la salud del Gran Padre, como estaba mandado, como lo exigía la ley.
Li Huan se cansó de hablar con unos y con otros.
Les quería, especialmente a los abuelos, pero se cansó.
Casi echó de menos el campo.
Se había ido como un hijo entregado a la patria y regresaba como un extraño.
Sobre todo para sí mismo.
Un extraño sin emociones.
Por la mañana regresó a la esquina.
Una hora.
Dos.
Shi Lin apareció cuando ya estaba dispuesto a irse.
Estaba igual. Incluso llevaba la misma ropa que la última vez, como si el tiempo no hubiera pasado. La dulce Shi Lin. La etérea Shi Lin. La suave y ligera Shi Lin, a la que había amado en silencio y a la que ahora sufría en vida.
Podía salir a su paso.
Pero no lo hizo.
Podía volverse loco, detenerla, pedirle que no se casara con Kao Sai, que le esperara a él.
Pero no lo hizo.
Las cosas no funcionaban así.
Una mujer prometida en matrimonio era igual que una mujer casada.
Soldado o no, acabaría preso.
Shi Lin pasó cerca, a menos de diez metros, con su andar grácil, breve, seguida por las miradas de los hombres que volvían la cabeza al verla. Casi pudo aspirar su aroma femenino. Era delicada, pies pequeños, rostro de muñeca, tez blanca, cabello negro, labios de flor. Sin saber cómo recordó la descripción que de May Lai le hizo Wang Zhu el día que la conoció, de qué forma se enamoraron a primera vista.

El maldito Wang Zhu, que había sido feliz largos años con la mujer que amaba.

Shi Lin se alejó.

La vio perderse a lo lejos.

Li Huan regresó a su casa con el corazón roto.

Por eso aquella noche les dijo a sus padres que no quería conocer a Huaysí.

—Pero ¿por qué?

—Así ya intimáis.

—Es perfecta para ti.

—No la hubiéramos elegido de no estar seguros.

—Li Huan...

—¿Qué te sucede?

No pudo explicárselo.

Le faltaban palabras para algo así.

Pasó el tercer y último día deseando regresar al campo.

Al amanecer, cuando se despidió de sus padres y de su hermano, lloró igual que un niño.

Nunca habría podido imaginar que era la última vez que les veía.

A todos.

35

En el viaje de ida empleó los dos días de rigor. En el de vuelta tuvo suerte y llegó al campo a media tarde, unas horas antes de lo previsto. El autobús incluso se desvió de su ruta para acercarle al cruce desde el cual podía tomar la polvorienta carretera que conducía a su destino. Hizo los cinco kilómetros a pie y entró en las instalaciones cuando el sol todavía no había declinado sobre el horizonte.

Primero, informó de su llegada al ayudante del capitán Qun Ming. El oficial

al mando no estaba en su despacho, así que también dejó al ayudante el pesado paquete de la hermana del capitán traído desde la capital.

Segundo, se presentó al sargento Wu, que le recibió con gesto hosco y no le hizo ninguna pregunta.

Tercero, fue a la habitación a dejar sus cosas y a buscar a Xi Shang.

Su compañero tenía guardia en el pabellón de los disidentes de nivel 1. Hubiera preferido no entrar en él. No lo hacía desde la noche de la paliza a Wang Zhu. Pero tarde o temprano tendría que hacerlo, así que caminó sobre la tierra seca, que debía de llevar días sin recibir el agua de la lluvia, y cruzó aquella puerta.

Desde el otro extremo de la galería, alertado por el ruido, Xi Shang le reconoció.

—¡Li Huan!

No aceleró el paso. Siguió caminando de la misma forma. Xi Shang le esperó con una sonrisa. Li Huan cruzó por delante de la primera celda, y la segunda, y la tercera.

Los mismos rostros, la misma miseria.

Cuarta celda, quinta, sexta...

No quería mirar a la izquierda, pero lo hizo.

La séptima celda estaba vacía.

Dejó la mente en blanco, sobre todo porque a los pocos pasos se fundió con el abrazo de Xi Shang. Los dos se palmearon la espalda con vigor.

—¡Qué aburrido estaba esto sin ti!

—¿Cómo estás?

—¿Has visto a muchas chicas en la capital? ¡Vamos, cuenta!

—¿Has roto muchas cabezas aquí, sin mí?

Se echaron a reír.

Como si estuvieran solos.

Luego hablaron apenas tres minutos.

Li Huan no le preguntó nada.

Si un preso no estaba en su celda, solo había cuatro opciones: o estaba muerto, o postrado en la enfermería, o en una sesión con los reeducadores o en un interrogatorio.

Y no eran horas para las dos últimas opciones.

—Te veo luego. —Se despidió Li Huan.

—¿Me has traído algo?

—Una foto de mi hermana.

—¡Pero si tú no tienes hermana!

Más risas.

Li Huan deshizo el camino, llegó al extremo de la galería y salió por la puerta. Cruzó el patio y entró en la enfermería un minuto después. No tuvo que indagar mucho más, porque el lugar era pequeño.

Wang Zhu estaba en la cama número tres.

Todavía tenía la cabeza vendada, lo mismo que el brazo izquierdo y el torso.

Los ojos de los dos hombres se encontraron un instante.

Fue muy breve.

Pero tan intenso como una tormenta de nieve.

Silenciosa y blanca.

Li Huan dio media vuelta llevándose la tristeza de Wang Zhu hundida en la mente.

—¿Cómo está? —le preguntó al doctor Ko antes de irse.

—Vivirá —se limitó a decirle el médico—. Tienen la cabeza dura, ya lo sabes.

36

A lo largo de los meses siguientes, Li Huan y Wang Zhu no volvieron a hablar.

Fue un invierno muy duro.

Mucho.

Murieron veintisiete presos.

Llegaron otros veinticinco.

Diecinueve aceptaron ser reeducados.

Las cartas de Wang Zhu fueron tan hermosas como siempre, llenas de palabras curiosas, imágenes muy vivas y metáforas difíciles de interpretar.

Por eso Li Huan siguió censurándolas, más y más.

Aunque no dejó de anotar las frases que luego tachaba con tinta negra.

Salvándolas para sí mismo.

Su libreta parecía un libro prohibido.

Palabras sin sentido.

O no.

A veces leía aquellos extraños poemas.

Porque más y más, separadas del tronco principal y puestas unas encima de otras, las frases formaban largos y curiosos poemas.

Algo terrible.

Algo excitante.

La libreta era su secreto, aunque siempre podía decir que formaba parte de su trabajo, por si se necesitaba investigar lo censurado.

Un día, cuando volvía a despuntar la primavera, Wang Zhu se atrevió.

—Li Huan.

No le hizo caso. Siguió andando por la galería.

—¡Li Huan, espera!

Apretó los puños y se detuvo.

¿Era inevitable?

—¿Qué quieres?

—Solo dime por qué lo hiciste.

Li Huan le miró a través de la reja.

No dijo nada.

Se había hecho aquella misma pregunta cien o mil veces.

Y seguía sin tener una respuesta.

—No sientas vergüenza —dijo entonces Wang Zhu ante su silencio.

—¿Por qué debería sentir vergüenza? —se asombró él.

—Tú sabes por qué.

—No, no lo sé ni me importa.

—Li Huan, el culpable no eres tú. Son ellos, los que te han convertido en una persona fría que trata de parecer insensible.

—¿Vuelves a las andadas? —Soltó un bufido—. ¿Ya está? ¿Intentas liarme de nuevo? ¡Aquí los únicos culpables sois vosotros! Sin ti, sin todos vosotros, no estaríamos aquí, pudriéndonos en este agujero por la bondad del Gran Padre.

«Y yo estaría en casa, le habría dicho a Shi Lin que la amo, todo sería distinto», pensó encerrando cada palabra en un ataúd mental.

—El Gran Padre no nos mata porque el mundo entero se le echaría encima y las cosas aún serían peores. Todo esto es una patraña, Li Huan. Una gran mentira. Si los jóvenes no reaccionáis, perderéis el tren de la vida, el futuro.

Li Huan sacó su porra.

Wang Zhu ni se fijó en ella, siguió mirándole fijamente.

—Mátame —le pidió—. Esta vez no dejes el trabajo a medias.

—¿No eras un invierno al que le quedaban dos nevadas y cuatro vientos? — se burló él.

G

37

Wang Zhu cayó enfermo una semana después.

La última nevada.

El último viento.

Su menguada figura se desvaneció como si estuviera hecha de humo. Quedó convertido en un pequeño saco de huesos recubierto de piel en el que solo brillaban los ojos.

La última carta, la única que Li Huan no censuró, la escribió ya muy débil en la enfermería del campo. Apenas si tenía seis líneas.

Al final del camino, cuando todo son sombras y la negrura de la oscuridad espera al frente, hay que volver la vista atrás y recordar las luces que lo iluminaron. Tú fuiste mi sol, May Lai, y en algún lugar de la eternidad, un pequeño destello de energía flotará para siempre llevando nuestro amor.

No, no la censuró, pero la copió igual.

El último día, el doctor Ko lo hizo llamar.

Sabía para qué, así que estuvo a punto de no ir.

Pero fue.

Era un hermoso y soleado día.

Había nubes de pájaros en el cielo.

Le costó reconocer a Wang Zhu. Su cuerpo pertenecía ya al más allá. Su mente, en cambio, resistía. Cuando se detuvo a su lado el preso le sonrió.

«¿Por qué me sonríes?», pensó Li Huan.

«Estuve a punto de matarte», pensó Li Huan.

«He censurado tus cartas», pensó Li Huan.

Pero sus labios callaron.

Wang Zhu movió una mano.

La depositó sobre la de él.

Li Huan no apartó la suya.

No le dijo nada, y al mismo tiempo se lo dijo todo. Una mirada cómplice. Un contacto que salvaba todas las distancias. Después, Wang Zhu cerró los ojos.

Tuvo un largo estertor y se desvaneció.

—Maldito loco... —musitó entonces Li Huan.

Una máquina decía que su corazón seguía latiendo.

«Al final del camino, cuando todo son sombras y la negrura de la oscuridad espera al frente, hay que volver la vista atrás y recordar las luces que lo iluminaron».

Wang Zhu murió esa noche.

Li Huan la pasó a su lado.

Nadie le vio llorar.

Intermedio

Los dos años siguientes fueron distintos.

Sin las cartas de Wang Zhu y, sobre todo, sin él, algo faltaba en mi vida.

Ya no regresé a casa.

Algo sucedía en el país, y de ello se hablaba poco.

La represión se hizo más fuerte.

El campo se llenó de más y más presos.

Se acabaron las cartas.

El capitán Qun Ming fue destituido y en su lugar llegó el comandante Su Kun, que puso el campo en pie de guerra y a nosotros en guardia constante.

Yo, muchas noches, leía mi libreta. Ya casi me sabía de memoria aquellas frases, el conjunto de palabras que antaño había robado a las cartas del preso 139. Y a pesar de saberlas de memoria, volvía a ellas una y otra vez, porque leyéndolas le oía a él y se hacían luminosas en mi mente.

Iba entendiéndolas.

Un puzle incompleto que, poco a poco, iba adquiriendo un sentido.

A veces, cuando el asombro me podía, me preguntaba cosas.

¿Por qué lo hice? ¿Por qué esas palabras rotas, separadas del todo, heridas por mí, de pronto se convertían en importantes?

Pensé mucho en ello.

Palabras hermosas, inocentes...

¿Por qué antes me habían parecido peligrosas?

Dos años.

Lentos.

Hasta que, de pronto...

Un día estalló la Contrarrevolución, o la liberación, o el cambio, el progreso... Lo llamaron de muchas formas aunque el resultado fue el mismo. Parte del pueblo, sobre todo los jóvenes, se puso en pie y dijo basta. Todo lo que antes era blanco, pasó a ser negro y viceversa. Ni siquiera nos dio tiempo a escapar. Una turba armada con palos llegó al campo y lo tomó. Los presos se convirtieron en héroes y nosotros en verdugos. El comandante Su Kun y el sargento mayor Wu murieron desmembrados. Yo todavía era cabo, pero me libré de la muerte. No había vuelto a pegar a ningún preso con la porra.

Eso me salvó.

Aquel día, los presos salieron de las celdas y nosotros entramos en ellas. ¿Fue casual que yo ocupara la número siete de la galería de nivel 1, la de Wang Zhu?

¿Casual?

Así me convertí en el nuevo hombre que miraba por la ventana.

A diferencia de nosotros, ellos nos dejaron tener nuestras cosas en las celdas. La poesía ya no estaba prohibida, así que me trajeron mi libreta.

Fue así como acabé de entender las cartas de Wang Zhu, y las de todos los demás, pero mucho más las de él.

Sus palabras de amor dirigidas a su esposa.

Murió mucha gente en el país, y con el cambio se abominó del Sistema, del Partido y, por supuesto, del Gran Padre, que había huido nadie sabía adónde hasta que, tres meses después, fue descubierto por unos campesinos, oculto en una cueva del valle de Iko. Las imágenes de nuestro intocable líder, desnudo, corriendo entre cerdos y apaleado hasta la muerte por esos campesinos, dieron la vuelta al mundo.

Escribí a casa, a mi familia, pero mi hermano había muerto en las revueltas, defendiendo al Estado, y al poco lo había hecho mi madre, de tristeza. Mi padre, ya muy enfermo también, me pidió que fuera fuerte, que nada era eterno.

No, nada es eterno.

La Revolución, que debía durar mil años, apenas si se había prolongado

nueve.

Fui condenado a cinco años de cárcel tras un juicio sumarísimo. Pudieron ser más. Yo era guardia de seguridad, soldado y cabo. Pero, inexplicablemente, algunos presos testificaron a mi favor. Xi Shang, en cambio, fue sentenciado a quince años.

Fue estando preso cuando más eché de menos a Wang Zhu.

Él era yo.

Leía y leía sus palabras.

Sobre todo las primeras.

Ni siquiera sabía por qué.

Quizá porque pensaba en Shi Lin y en que yo jamás podría escribir algo como aquello.

Amada:

Daría mi vida por verte de nuevo un minuto

o tocarte un segundo que sería eterno.

Mi ventana es como una puerta abierta

sobre los silencios humanos y las guerras de los sentidos.

Construimos una vida juntos.

Nadie nos arrebatará jamás el pasado

aunque el presente sea oscuro

y el futuro una distorsión de la esperanza.

Aferrado a la sombra del despertar que ansío

no existe la muerte en la frontera de este valle.

Queda la memoria para recordar lo que fuimos.

¿De cuántas formas podré decirte que te amo?

Quiero despertar de esta muerte tan viva.

Cuando los días son eternos quedan los suspiros.

El martillo del tiempo ha labrado mi cara.

Te sueño desnuda, vestida con el corazón.

Mi amor, abre la ventana de la esperanza.

Ya sabes, la que da al futuro.

Es difícil encontrar un sol en el infinito.

Los dedos de nuestros pies caminan siempre juntos.

Qué tarde es cuando el dolor llega pronto.

Te buscaré en los silencios del más allá.

Y sentiremos el placer hasta volvernos locos.

No hay cárcel para la libertad del alma.

¿Se puede reír mientras el diablo baila?

Si no tengo casa, ¿dónde dejaré mis zapatos?

El cielo es rojo cuando la tarde cae.

.....

.....

.....

Final

En la esquina de la calle había una librería.

Libros, libros, libros.

Narrativa, poesía...

Todos eran viejos, de segunda o tercera mano, gastados, leídos.

Se detuvo un momento y cogió uno. Lo hojeó. Fue como si las palabras brotaran de él, igual que saltamontes sorprendidos en la montaña.

—Es muy bueno —le dijo una voz—. Y barato.

Volvió la cabeza. Era una muchacha de unos veinte años, espigada, de ojos tan rasgados que apenas si se le veían las pupilas.

—¿Lo has leído? —le preguntó él.

—Sí —mintió ella sin dejar de sonreír—. Los he leído todos.

Li Huan dejó el libro sobre la mesa.

Después de cinco años, ¿de dónde habían salido tantos libros?

—Lo siento, no tengo dinero —suspiró.

—Gánalo y vuelve —le dijo la chica.

Eso le hizo reír.

Por primera vez.

—De acuerdo. —Se despidió con una leve inclinación de cabeza.

Siguió caminando, despacio, tanto para orientarse como para sentir el peso de la libertad sobre sus hombros y en sus piernas. Dentro del campo, la

distancia máxima que uno podía andar era de doscientos nueve pasos. El día anterior, al salir, lo primero que había hecho al enfilear la carretera hasta el cruce fue contarlos, y temblar al superar el doscientos diez.

Acababa de bajar del tren y seguía contándolos, sin darse cuenta.

Había mucha gente por las calles. Un enjambre. Tiendas, bullicio, dinamismo, música...

Música.

¿Por qué la habrían prohibido en los años de la Revolución?

—Por favor. —Detuvo a una mujer que cargaba dos fardos, uno en cada mano—. ¿La calle de la Aurora?

La mujer le miró de forma sospechosa.

Demasiado delgado, demasiado extraño, con la ropa que se le había quedado pequeña y todo el aspecto de haber salido de la cárcel, como si eso fuera una huella indeleble que llevase encima.

—Todo recto —gruñó—. Al llegar a la placita, a la izquierda.

—Gracias, señora.

Todo recto.

La placita era un caos de bicicletas intentando ir de un lado a otro. Parecían hormigas rozando las antenas para desviarse y no chocar entre sí. También a él le costó moverse.

La calle de la izquierda era la calle de la Aurora.

Contó los números.

Hasta llegar al 79.

Había escrito aquella dirección tantas veces, en los sobres, que de pronto, al verse delante de ella, no pudo creerlo. Se le doblaron las piernas. Una voz lejanía le dijo: «Vete». Otra le empujó a dar el último paso.

Y obedeció a esta última.

Cinco años era mucho tiempo para estar seguro de algo.

La casa era de madera. Dos plantas. Estrecha y vieja. La entrada tenía una escalera de peldaños combados por el paso del tiempo. A la derecha, una puerta. Al final de la escalera, la segunda.

Allí vivía ella.

Allí había vivido él.

Le azotaron las preguntas finales.

¿Y si ya no estaba?

¿Y si se había mudado?

¿Y si había muerto?

Subió los peldaños, se detuvo delante de la puerta, esperó.

Su valor tocó fondo, naufragó, se hundió en el abismo y al llegar a lo más profundo emergió como un corcho dispuesto a sobrevivir.

Cinco años.

Finalmente estaba allí.

Levantó la mano y llamó a la puerta.

No tuvo que esperar ni dos segundos. Ni siquiera le habría dado tiempo a echar a correr. Al otro lado de la madera escuchó un suave deslizar de pasos, pies embutidos en zapatillas de andar por casa.

Una tos.

La puerta se abrió.

De inmediato supo que era ella. Anciana, castigada por la vida, pero todavía hermosa, iluminada por una sonrisa de ternura y unos ojos tan dulces como bondadosos.

Li Huan la imaginó aquel día descrito por Wang Zhu, cuando se conocieron en la manifestación, un millón de años antes.

—¿Sí? —le preguntó ella al ver que no hablaba.

—¿Señora May Lai?

—Soy yo, ¿qué deseas?

—Me llamo Li Huan —le costó decirlo—. Yo... conocí a su marido.

Sorpresa.

La viuda del viejo profesor levantó las cejas.

—¿Dónde?

—En el campo donde estuvo preso.

La sorpresa dio paso a un atisbo de dolor.

—Por favor, pasa.

Probablemente fue el paso más difícil de su vida. Cruzó aquel umbral y entró en la que había sido la vivienda de Wang Zhu. Incluso el aire cambió de color.

—Ven. —Lo guio ella.

La casa era sencilla. No había pertenecido a un líder ni a un hombre poderoso. Volvía a haber libros en los estantes. La mujer lo condujo a una pequeña salita que daba a la parte de atrás, a un patio lleno de vida, con flores y mujeres hablando entre sí mientras acometían otras tareas. En la salita había un retrato de Wang Zhu.

Un viejo retrato de cuando era joven.

Li Huan se sentó de espaldas a él, incapaz de tenerlo delante mientras hablaba.

—¿Quieres un vaso de agua?

—Sí —contestó.

May Lai salió de la estancia. Regresó al poco con el vaso de agua. Li Huan no se había movido. Su bolsa estaba en el suelo, a su lado. Bebió la mitad en tres largos sorbos y lo depositó en una mesita cercana. Ella se sentó enfrente.

—¿Estabas prisionero con él? —preguntó ella.

Reunió su escaso valor.

—No.

—¿No?

—Yo era uno de los... guardias.

—¡Oh! —exhaló apoyando la espalda en la silla como si hubiera recibido un golpe.

Li Huan tomó la decisión.

Echó a rodar por la pendiente.

—Señora, no sé si tengo derecho...

—Si estás aquí es por algo. —Lo detuvo.

—Fui guardia, pero he pasado cinco años preso en la misma celda que ocupó él.

May Lai volvió a abrir los ojos.

—¿Qué edad tienes, muchacho?

—Veintisiete años.

—Tan joven...

—Ayer salí libre, cumplida mi condena. Cogí un tren y...

—¿Has venido hasta aquí?

—Sí.

—¿Lo primero que has hecho ha sido venir a verme?

—Sí. —Bajó la cabeza.

—¿Por qué?

Li Huan se agachó, abrió la bolsa y de ella sacó la libreta.

Estaba tan gastada y parecía tan vieja como los libros que acababa de ver en la librería.

—¿Conserva las cartas que él le mandó?

—Sí, claro.

—Entonces esto es suyo. —Le tendió la libreta.

—¿Qué es?

—Son las palabras que yo le robé a su marido, y a usted. Ahora podrá completar esas cartas, y saber lo que él quería decirle.

La libreta tembló en manos de May Lai.

—Yo era el censor del campo, señora. —Rompió a llorar Li Huan.

Ella no lo hizo.

Tampoco se movió.

Le dejó llorar.

Solo.

Luego abrió la libreta, leyó las primeras líneas de la primera página, y también a ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

Probablemente había leído las cartas de su marido cientos de veces, así que ahora llenaba aquellos huecos negros, uno a uno.

—Li Huan...

Buscó aire. Lo encontró en alguna parte y lo llevó a sus pulmones. Se pasó una mano por los ojos y se enfrentó a ella.

No vio odio en sus ojos.

Solo paz.

—¿Sí, señora?

—¿Has guardado esto... todos estos años?

—Sí.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros, pero dijo:

—Para aprender.

—¿Y lo has hecho?

—Sí.

—¿Tienes familia?

—No, ya no.

—¿Y un lugar al que ir?

—Tampoco.

May Lai levantó la vista. La fijó en el retrato de Wang Zhu. Cerró la libreta. La voz era débil pero el carácter fuerte.

—Háblame de mi marido, por favor.

Lo primero que vio Li Huan en su mente fue la paliza de aquella noche.

La porra ensangrentada.

Aquella sensación de odio irrefrenable.

Y la mirada de Wang Zhu, tan triste, cuando le vio en la enfermería del campo.

Triste porque él le había pegado.

Extraño Wang Zhu.

Todo tenía un sentido.

—La amaba.

—Eso ya lo sé. Cuéntame de él, qué hacía, de qué hablabais...

Entonces Li Huan se sintió en paz. Las palabras surgieron tranquilas y apacibles de sus labios.

Y lo contó despacio.

Sabiendo que era su primera libertad.

—Yo era muy joven, señora. Apenas había cumplido los dieciocho años cuando llegué allí y...

Nueva York, diciembre de 2014

Vallirana, mayo de 2015

*Imagine there's no countries
It isn't hard to do
Nothing to kill or die for
And no religion too
Imagine all the people
Living life in peace...*

Imagina que no hay países
no es tan fácil de hacer
nada por lo que matar o morir
ninguna religión
imagina a toda la gente
viviendo la vida en paz...

«Imagine»,
Imagina,
JOHN LENNON, 1971